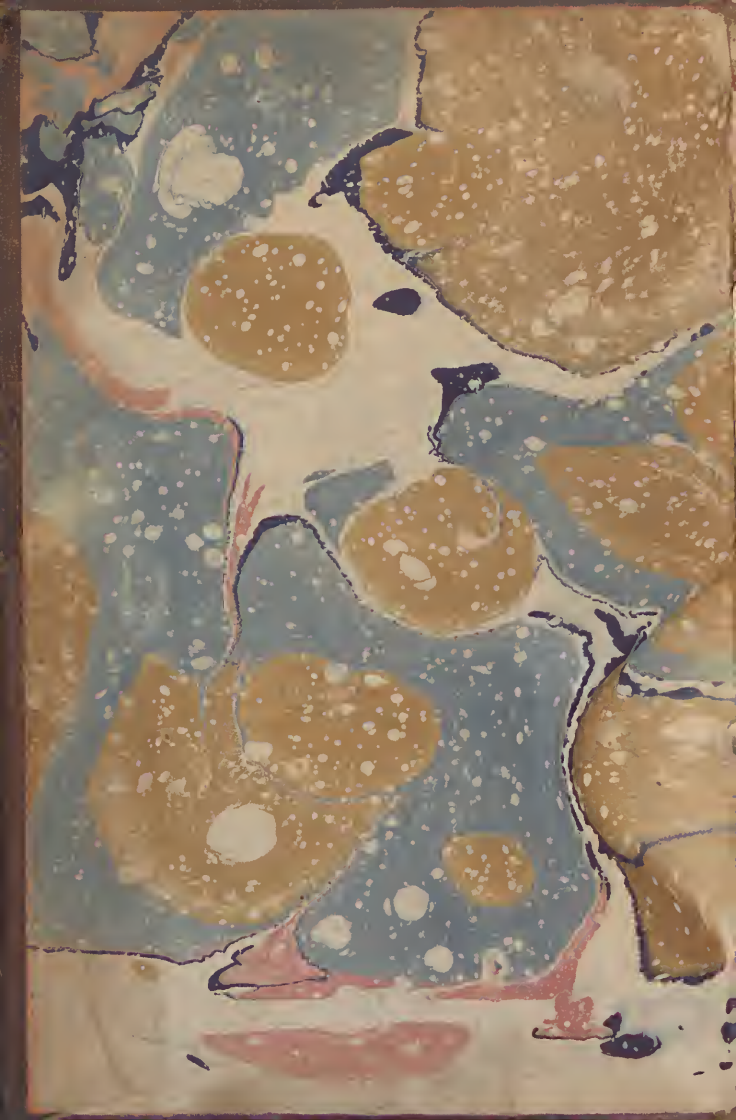






FABULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA USO DEL REAL

Seminario Bascongado.

POR DON FELIX MARIA SAMANIEGO,
del número de la Real Sociedad Bascongada de los amigos del pais.



TOMO I.

MADRID 1818.

OFICINA DE CANO.

Duplex libeli dos est : quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.

PHEDR. Fab. Prol. Lib. I.



PROLOGO.

Muchos son los sabios de diferentes siglos y naciones que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero mui pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraido del árduo empeño de meterme á contar Fábulas en verso castellano. Asi hubiera sido: pero permítame el público protestar con sinceridad en mi abono que en esta empresa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona en quien respeto unidas las calidades de tio, maestro y gefe.

En efecto: el Director de la Real Sociedad Bascongada, mirando la educacion como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Bascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo (por decirlo asi) el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la Fábula, me destinó á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza,

ya que no mamándola con la leche, segun deseó Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luego dí principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas algunos de mis primeros ensayos, cuando los leían y estudiaban á porfia con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor-propio. Siguiendo este su ambiciosa condicion, desea que respectivamente logren mis Fábulas igual acogida que en los niños en los mayores, y aun si es posible entre los doctos: pero á la verdad esto no es tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aqui una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Despues de haber repasado los preceptos de la Fábula, formé mi pequeña libreria de fabulistas: examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos despues de *Esopo* á *Fedro* y *La-Fontayne*: no tardé en ha-

llar mi desengaño. El primero, mas para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la union de la elegancia y laconismo solo está concedida á este Poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á esta le faltan para igular á la latina en concision y energía? Este conocimiento, en que me aseguró mas y mas la práctica, me obligó á separarme de *Fedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las Fábulas de la *cigarra y la hormiga*, *el cuervo y el zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podia, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales, que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fábulista en su narracion.

No ostante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Locmano*, *Esopo* y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar, que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion, que la regla general que él mismo asienta en el Prólogo de sus Fábulas en boca de Quintiliano: *por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el

último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de *Esopo*, entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no solo en el estilo y gusto de la narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo, ó mudando alguna cosa, que sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad, segun mi conciencia, mas de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la Fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma Fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la Fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad; ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nímiamente mi atencion, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprension de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no solo humilde, sino aun bajo, malo es; ¿mas no seria muchísimo peor, que haciéndolo incomprensible á

los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte, desconfio conseguir mi fin. Uu autor moderno en su tratado de Educacion dice: que en toda la coleccion de *La-Fontaine* no conoce sino cinco ó seis Fábulas *en que brilla con eminencia la sencillez pueril*; y aun haciendo análisis de alguna de ellas, encuentra pasages desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una leccion. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla mas de la mitad de Fábulas, que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa mas trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguage en que debemos enseñar á los muchachos: pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de estos, y medir asi los grados á que llega la comprension de un nino?

En cuanto al metro no guardo uniformidad: no es esencial á la Fábula, como no lo es al epígrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hai tanta inconexion de uno á otro como en las liras y epígramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos, y se opone á la varia armonia, que tanto deleita el ánimo, y aviva la atencion. Los jóvenes que tomen de memoria esto versos, adquirirán con

la repeticion de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oido.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete silabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros medios, por la ventaja que no tienen los de estancias mas largas, en las cuales por acomodar una sola voz que falte para la clara esplicacion de la sentencia, ó queda confuso, y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado, y lleno de ripio.

En conclusion: puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nacion que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guia, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres Poetas castellanos. Dichoso yo si logro que con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus escelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

LIBRO I.

FABULA PRIMERA.

El asno y el cochino.

A LOS CABALLEROS ALUMNOS

DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO

BASCONGADO.

O jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda
En que marchais, guiados
A la luz de las ciencias
Por Profesores sábios.
Aunque el camino sea
Ya dificil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo
Con la esteva agoviado
El labrador sus bueyes
Guia con paso tardo;

Mas al fin llega á verse
En medio del verano
De doradas espigas
Como Ceres rodeado.
A mayores tareas,
A mas graves cuidados:
Es mayor y mas dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas
La labradora mano
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el láuro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un jóven entre tantos
Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa enhorabuena:
¿Digo yo lo contrario?
Tan lejos estoi de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando:
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso,
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos mas sanos.

Deleitáos en ello,
Y con este descanso
A las serias tareas
Volved mas alentados.
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el láuro.
¡Pero qué! ¿os detiene
El ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo.
Mis jóvenes amados:

Envidiando la suerte del cochino
Un asno maldecia su destino.
Yo, decia, trabajo, y como paja;
El come harina y berza, y no trabaja:
A mí me dan de palos cada dia;
A él le rascan y halagan á porfia.
Así se lamentaba de su suerte:
Pero luego que advierte
Que á la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el jumento:
Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos.

FABULA II.

LA CIGARRA, Y LA HORMIGA.

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.
Los frios la obligaron
A guardar el silencio,
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno,
Habitaba la hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil espresiones
De atencion y respeto
La dijo: Doña Hormiga,
Pues qué en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste cigarra.
Que alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme,
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias

Por el nombre que tengo.
La codiciosa hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
¡Yo prestar lo qué gano
Con un trabajo inmenso!
Díme, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?
Yo, dijo la cigarra,
A todo pasagero
Cantaba alegremente
Sin cesar ni un momento.
¡Ola! ¿Con qué cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.

FABULA III.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la fortuna:
Insensato, despierta;
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.

Reveses de fortuna
Llamais á las miserias:
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FABULA IV.

LA CODORNIZ.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
¡Ai de mí miserable
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdilo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
Por un grano de trigo.
¡O cara golosina!
¡*El apetito ciego*
A cuantos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!

FABULA V.

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan, favor: asi clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror esclama de esta suerte:
O Reina de las aves escogida,
¿Por qué quitas la vida
Á este pobre animal, manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo asi decia
La Aguila con desprecio se reía;
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
El pequeño animal asi burlado,
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del águila altanera:
Halla solos los huevos; y arrastrando,
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
Á dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante,

Se los hizo tortilla en el instante.
La Reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter escelso humilde llega,
Espone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El Dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos, y se fuese.
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo;
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que segun yo pienso,
Para los Dioses no es mui buen incienso:
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura.
Haciendo al arrojar la albondiguilla
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el águila y llorosa,
Aprendió esta leccion á mucho precio.
A nadie se le trate con desprecio,
Como al escarabajo;
Porque al mas miserable, vil y bajo
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

FABULA VI.

EL LEON VENCIDO POR EL HOMBRE.

Cierto artifice pintó
Una lucha en que valiente
Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció.
Otro Leon que el cuadro vió
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: bien se deja ver
Que es pintar como querer,
Y no fué Leon el pintor.

FABULA VII.

LA ZORRA, Y EL BUSTO.

Dijo la zorra al busto,
Despues de olerlo:
Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.
Como este hai muchos,
Que aunque parecen hombres,
Solo son bustos.

FABULA VIII.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un raton cortesano
Convidó con un modo mui urbano

A un raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda;
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magnificamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan primero.*
Sus sentidos allí se recreaban:
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles y cecinas,
Saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso,
En esta situacion tan lisongera
Llega la despensera,
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
¡Esto tenemos, dijo el campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de allí adelante,
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

FABULA IX.

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un herrero tenia
Un perro, que no hacia
Sino comer, dormir, y estarse echado,
De la casa jamas tuvo cuidado;
Levantábase solo á mesa puesta:
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil escesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el amo,
Que aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente;
En la fragua jamas te ví presente.
Y yo me maravillo
De que no dispertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
Que el Amo, hecho un gañan, y sin reposo,
Te mantiene á lo Conde mui ocioso.
El perro le responde:
¿Qué mas tiene que yo cualquiera Conde?
Para no trabajar debo al destino
Haber nacido perro, y no pollino.
Pues señor Conde, fuera de mi casa,
Verás en las demas lo que te pasa.
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una;
Allí le hacen servir de centinela,

Y que pase la noche toda en vela;
Acá de lazarillo y de danzante,
Allá dentro de un torno á cada instante
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera,
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

FABULA X.

LA ZORRA Y LA CIGUEÑA.

Una zorra se empeña
En dar una comida á la cigueña.
La convidó con tales espresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo mas escelente y esquisito.
Acepta alegre, vá con apetito:
Pero encontró en la mesa solamente
Gigote claro sobre chata fuente.
En vano á la comida picoteaba,
Pues era para el guiso que miraba
Inutil tenedor su largo pico,
La zorra con la lengua y el hocico
Limpió tambien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
Mas de alli á poco tiempo convidada
De la cigüeña, halla preparada
Una redoma de gigote llena:
Alli fué su afliccion, alli su pena.
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma;
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la cigüeña fuese hecho.

Euvidiosa de ver que á conveniencia
Chupaba la del pico á su presencia,
Vuelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin, se aburre.
Marchó rabo entre piernas tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir: *estan verdes*, como antaño.
Tambien hai para pícaros engaño.

FABULA XI.

LAS MOSCAS.

A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que por golosas murieron
Presas de patas en él,
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.
Asi, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.

FABULA XII.

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba
Las monas en Tetuan cuando cazaba
Un Leopardo: apenas lo veían,
A los árboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: no estan maduras.

El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto:
Hasta las viejas monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar: la mas osada
Baja, arrímase al muerto de callada;
Mira, huele, y aun tienta,
Y grita mui contenta:
Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto que empieza á oler el tal difunto.
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos á su lado queda;
Otra se finge muerta, y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero:
Y mas que nunca fiero,
Pilla, mata, devora de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.
Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.

FABULA XIII.

EL CIERVO EN LA FUENTE.

Un ciervo se miraba
En una hermosa cristalina fuente:
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente:
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
¡O Dioses! ¿á qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construís su cimiento,
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡O qué pesar ¡ó qué dolor profundo
No haber gloria cumplida en este mundo!
Hablando de esta suerte
El ciervo vió venir á un lebrel fiero.
Por evitar su muerte
Parte al espeso bosque mui ligero;
Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretejida.
Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
Si me veo seguro,
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto.
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el cielo eternos.
Asi frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo mas dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El útil bien es la mejor belleza.

FABULA XIV.

EL LEON Y LA ZORRA.

Un leon, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguia hambriento y fiero
Al mamon becerrillo y al cordero,
Que trepando por la áspera montaña,
Huian libremente de su saña.
Afligido del hambre á par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseaba
Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era una hambre voraz, tan solo usaba
La receta esquisita
De engullirse al *Monseur* de la visita.
Acércase la zorra de callada,
Y á la puerta asomada,
Atisba mui de espacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El leon la divisó, y en el momento
La dice: ven acá, pues que me siento
En el último instante de mi vida:
Visítame como otros, mi querida.
¿Como otros? ¡ah Señor! he conocido
Que entraron sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien el entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FABULA XV.

LA CIERVA Y EL CERVATO.

A una cierva decia
Su tierno cervatillo : madre mia,
¿Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor, menos pujante?
¿Por qué no has de ser tú mas arrogante?
Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando asi lo pienso, desafio
A mis solas á veinte perros juntos:
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo á los unos; que otros falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte.
Mas si embebida en este pensamiento
A un perro ladrar siento,
Escapo mas ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el diablo.
A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado;
Pues por mas que al mirarse la armadura,
Piense en tiempo de paz que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa;
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la corza de la historia,
Mas que el diablo se lleve la victoria.

FABULA XVI.

EL LABRADOR Y LA CIGUEÑA.

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solian hacer pasto.
Armó sin mas tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La cigüeña, las grullas y los gansos.
Señor rústico, dijo
La cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados.
La Diosa Ceres sabe,
Que lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.
La inocente cigueña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FABULA XVII.

LA SERPIENTE Y LA LIMA.

En casa de un cerragero
Entró la serpiente un dia,
Y la insensata mordia
En una lima de acero.
Dijole la lima: el mal,
Necia, será para tí.
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?
Quien pretende sin razon
Al mas fuerte derribar
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.

FABULA XVIII.

EL CALVO Y LA MOSCA.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una mosca insolente.
Quiso matarla: levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuese salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La mosca prorrumpió: calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo,
Bárbaro ejecutor de tal porrazo?

Al que obra con malicia,
Le respondió el varon prudentemente,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condicion humana
Segun la mano de donde ha venido:
Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
Cuanto sea mas vil aquel que ofende.

FABULA XIX.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos amigos se aparece un oso.
El uno mui medroso,
En las ramas de un árbol se asegura:
El otro abandonado á la aventura,
Se finge muerto repentinamente.
El oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento
Ni el menor movimiento;
Y asi se fue diciendo sin recelo:
Este tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde:
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende mui ligero,

Corre, llega, y abraza al compañero:
Pondera la fortuna
De haberlo hallado sin lesion alguna;
Y al fin le dice: sepas que he notado
Que el oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? Diréte lo que ha sido:
Estas dos palabritas al oido:
Aparta tu amistad de la persona,
Que si te ve en el riesgo, te abandona.

FABULA XX.

LA AGUILA, LA GATA Y LA JAVALINA.

Una águila anidó sobre una encina:
Al pie criaba cierta javalina;
Y era un hueco del tronco corpulento
De una gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del águila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ai mísera de mí! ¡Ai infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa:
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.
Despues que dejó el águila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la cerdosa: buena amiga,
Has de saber que la águila enemiga,
Cuando saques tus crias ácia el monte,
Las ha de devorar; asi disponte.

La gata aparentando que temia,
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La javalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La águila en el ramage temerosa,
Haciendo centinela no reposa.
En fin, á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo víveres la gata.
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y asi causan el mal sus añagazas.

LIBRO II.

FABULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EGÉRCITO.

A D. JAVIER MARIA DE MUNIVE É IDIAQUEZ, *Conde de Peñaflorida, Director perpetuo de la Real Sociedad bascongada de los amigos del pais.*

Mientras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra

Sojuzgando naciones,
Tú, CONDE, con la pluma y el arado
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
Y haciendo venturosos, has ganado
El bien que buscas, y el laurel que huyes.
Con darte todo al bien de los humanos,
No contento tu celo,
Supo unir á los nobles ciudadanos
Para feliçidad del patrio suelo.
La hormiga codiciosa
Trabaja en sociedad fructuosamente;
Y la abeja oficiosa
Labra siempre ayudada de su gente.
Asi unes á los hombres laboriosos
Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
Aquel viaja observando
Por las naciones cultas:
Este con esperiencias va mostrando
Las útiles verdades mas ocultas.
Cual cultiva los campos, cual las ciencias;
Y de diversos modos,
Juntando estudios, viajes y esperiencias,
Resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! ya lo dije,
Por mas que yo tambien sea contado.
El sabio PRESIDENTE que nos rige,
Tiene aun á el mas inútil ocupado.
Darme, CONDE, querias un destino
Al contemplarme ocioso é ignorante:
Era difícil; mas al fin tu tino
Encontró un genio en mí versificante,
A *Pedro* y *La-Fontayne* por modelos
Me pusiste á la vista,
Y hallaron tus desvelos

Que pudiera ensayarme á fabulista.
Y pues viene al intento,
Pasemos al ensayo: va de cuento.
El leon, Rei de los bosques poderoso
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos que pusiesen grima.
Al oso lo encargó de los asaltos:
Al mono con sus gestos y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviese:
A la zorra que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: la liebre y el jumento,
Este por tardo, aquella por medrosa
De estorbo servirán, no de otra cosa.
¿De estorbo? dixo el Rei, yo no lo creo:
En la liebre tendremos un correo,
Y en el asno mis tropas un trompeta..
Asi quedó la armada bien completa.
Tu retrato es el leon, Conde prudente:
Y si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los jefes á su gente,
A todos has de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿habrá cucaña
Como no hallar ociosos en España?

FABULA II.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoi contenta con mi suerte!
Porque no apetecia
Mas compañia que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento:
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio.*
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña

Hasta el monte cercano á la cabaña.
Con este pensamiento
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
¡O loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegria,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

FABULA III.

EL ASNO SESUDO.

Cierto burro pacia
En la fresca y hermosa praderia
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba
De centinela en la rivera estaba:
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen borrico le conjura
Que huya precipitado.

El asno mui sesudo y reposado
Empieza á andar á paso perezoso.
Impaciente su dueño y temeroso
Con el marcial ruido
De bélicas trompetas al oido,
Le exhorta con fervor á la carrera.
¡Yo correr! dixo el asno, bueno fuera;
Que llegue enhorabuena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero,
¿Servir aqui ó alli no es todo uno?
¿Me pondran dos albardas? no, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda,
Siempre seré un esclavo con albarda.
No estuvo mas en sí, ni mas entero
Que el buen pollino Amiclas el barquero,
Cuando en su humilde choza le despierta
César con sus soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guiase.
¿Se podria encontrar quien no templase
Entre los poderosos
De insultos militares horrorosos
De la guerra enemiga?
No hai sino la pobreza que consiga
Esta gran exencion: de aqui le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FABULA IV.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un jóven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
Favor que viene el lobo, labradores.

Estos abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia:
Segunda vez los burla: ¡ linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera:
Entonces el zagal se desgañita;
Y por mas que patea, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!

FABULA V.

LA AGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA.

A una tortuga una águila arrebata:
La ladrona se apura y desbarata
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picotazos.
Viéndola una corneja en tal faena,
La dice: en vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa;
Y si siente que llaman á su puerta,
Se finge la dormida, sorda ó muerta?
¿Pues qué he de hacer? Remontarás tu vuelo;
Y en mirándote allá cerca del cielo,
La dejarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco.
La águila, porque diestra lo ejecuta,

Y la corneja astuta,
Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.
¿ Qué podrá resistirse á un poderoso
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
Y asi por escaparse de esta gente,
Las descendientes de la tal tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.

FABULA VI.

EL LOBO Y LA CIGUEÑA.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un lobo con un hueso atragantado,
Si á la sazon no pasa una cigueña.
El paciente la ve, hácela seña;
Llega, y ejecutiva
Con su pico, geringa primitiva
Cual diestro cirujano,
Hizo la operacion, y quedó sano;
Su salario pedia;
Pero el ingrato lobo respondia:
¿Tu salario? ¿pues qué mas recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus* la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quien; pero es mui llano
Que no tiene razon ni por asomo:

Es menester saber á quién y cómo.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad mas evidente.

FABULA VII.

EL HOMBRE Y LA CULEBRA.

A una culebra, que de frio yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; mas fue tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FABULA VIII.

EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA.

Un pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero,
Y de plumas ligeras,
Decia en su lenguage
Con amargas querellas:
¡O crueles humanos,
Mas crueles que fieras!
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjais el instrumento
De la desdicha nuestra,

Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.
Pero no, no es estraño
Que asi bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cesan,
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra:
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.

FABULA IX.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoge un pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. Por tu vida,
Esclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad: solo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soi ruin, dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme mas grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
Solo por otro tanto
A un hermanito mio
Un Señor pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué mania!
Replicó el pescador: ¿pues no sabia
Que el refran castellano
Dice: *mas vale pájaro en la mano...?*
A sarten te condeno, que mi panza
No se llena jamas con la esperanza.

FABULA X.

EL GORRION Y LA LIEBRE.

Un maldito gorrion asi decia
A una liebre, que una águila oprimia:
¿No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gabilan, y lo arrebata.
El preso chilla, el prendedor lo mata;
Y la liebre esclamó: bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido?
¿Y á mas, á mas meterte á consejero,
No sabiendo mirar por tí primero?

FABULA XI.

JÚPITER Y LA TORTUGA.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil y mas lejana oruga,
Cuando llega mui tarde y con paciencia
A paso perezoso la tortuga.
Su tardanza reprende el Dios airado;

Y ella le respondió sencillamente:
Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente?
Por tal disculpa Jupiter tonante,
Olvidando el indulto de las fiestas,
La lei del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
Gentes machuchas hai que hacen alarde
De que aman su retiro con esceso;
Pero á su obligacion acuden tarde:
Viven como el raton dentro del queso.

FABULA XII.

EL CHARLATAN.

Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré mui bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo esquisito.
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus labios,
Mas quiere á un charlatan
Que á veinte sábios.
Por esta conveniencia
Los hai el dia de hoi en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia, tan copioso

En charlatanería,
Que ofreció enseñaría
A hablar discreto con fecundo pico
En diez años de término á un borrico.
Sábelo el Rei, lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un jumento:
Pero bien entendido,
Que seria, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado;
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El Doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:
Escuche, buen hermano,
Su frescura me espanta:
A cáñamo me huele su garganta.
No temais, Señor mio,
Respondió el charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rei, el asno, ó yo, no moriremos?
Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FABULA XIII.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes palomas un milano,
Sin poderlas pillar, seguia en vano,
Mas él á todas horas
Servia de lacayo á estas señoras.

Un dia en fin, hambriento é ingenioso,
Asi las dice: ¿amais vuestro reposo,
vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por Rei me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra ó pico tema agravio;
Pues tocante á la paz seré un Octavio.
Las sencillas palomas consintieron:
Aclámanlo por Rei, *viva*, dijeron,
Nuestro Rei el Milano.
Sin esperar á mas este tirano,
Sobre un vasallo mísero se planta:
Déjalo con el *viva* en la garganta;
Y continuando asi sus tiranias,
Acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoja de un malvado.
Será en vez de feliz un desdichado.

FABULA XIV.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos ranas
Sus pastos vecinos:
Una en un estanque
Otra en un camino.
Cierto dia á esta
Aquella le dijo:
¡Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,

Que vivas contenta
Entre los peligros
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies, y las ruedas,
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda:
Muda de destino:
Sigue mi dictámen,
Y vente conmigo.
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga:
¡Escelente aviso!
¡A mi novedades!
Vaya, ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fue domicilio
De padres, abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas:
Mas ten entendido,
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
A este tiempo mismo
Y á la triste rana.
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
Muchos hai tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.
Recibir consejos
Es un desvarío:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

FABULA XV.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horrorosos
Los Montes de parir dieron señales:
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos montes que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fue lo que parieron.
Hai autores, que en voces misteriosas,
Estilo fanfarron y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido solo viento.

FABULA XVI.

LAS RANAS PIDIENDO REI.

Sin Rei vivia libre, independiente
El pueblo de las ranas felizmente.
La amable libertad solo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba;
Mas las ranas al fin un Rei quisieron:
A Jupiter escelso lo pidieron.
Conoce el Dios la súplica importuna,
Y arroja un Rei de palo á la laguna;
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su magestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo:
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rei que aquel no es bueno.
El padre de los Dioses irritado,
Envia á un culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la mísera grei al punto obliga
A recurrir al Dios humildemente.
Padeced, les responde, eternamente,
Que asi castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

FABULA XVII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

¡Ah! ¡quién fuese caballo!
Un asno melancólico decia:
Entonces sí que nadie me veria
Flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
Me mantendria ocioso y bien comido;
Dándose su merced por mui servido
Con corbetas y saltos de carnero.
Trátanme ahora como vil y bajo:
De risa sirve mi contraria suerte:
Quien me apalea mas, mas se divierte;
Y menos como, cuando mas trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
Cuando al caballo ve como pasaba
Con su ginete y armas á la guerra.
Entonces conoció su desatino;
Rióse de corbetas y regalos,
Y dijo: que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los Dioses de pollino.

FABULA XVIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotones
Se crian sin salir jamas al prado

Estando en la cabana mui cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente;
Mas él, que bien seguro se miraba,
Asi lo provocaba:
Sepa usted, seor lobo, que estoi preso
Porque sabe el pastor que soi travieso;
Mas si él no fuese bobo,
No habria ya en el mundo ningun lobo;
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores ni perros,
Con sola mi pujanza y valentia
Contigo y con tu raza acabaria.
A Dios, esclamó el lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacia panza.
Cuando este miserable me provoca,
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones.
Asi son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Mas valentones, cuanto mas medrosos,

EABULA XIX.

LAS CABRAS Y LOS CHIBOS.

Desde antaño en el mundo
Reina el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes señores los plebeyos.
Las cabras alcanzaron

Que Júpiter escelso
Les diese barba larga
Para su autoridad y su respeto.
Indignados los chibos
De que su privilegio
Se estendiese á las cabras,
Lampiñas con razon en aquel tiempo;
Sucedió la discordia
Y los amargos celos
A la paz octaviana,
Con que fue gobernado el barbon pueblo.
Júpiter dijo entonces,
Acudiendo al remedio:
¿Qué importa que las cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia
De su vano deseo
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
El mérito aparente
Es digno de desprecio;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FABULA XX.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Persegnia un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza

De alcanzarlo, y lograr asi su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza:
  Consiente el hombre; y el caballo airado
Sale con su ginete á la campaña;
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.
  Muéstrase al bienhechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El caballo que suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
  Oprimido del yugo ara la tierra;
Pasa tal vez la vida mas amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
  En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.



LIBRO III.

FABULA PRIMERA.

LA AGUILA Y EL CUERVO.

A DON TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que el sábio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesia juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno solo tú, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? ¿Pues cuando menos
No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde alli cantases:
Risco tramonto de época altanera.
Gongora que te siga, te dijera;
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano

Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesia
Dice: *eso yo tambien me lo diria.*
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las Sirenas, ni las Musas,
Ni de númenes usas,
Ni aun siquiera confias en Apolo,
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sábia te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las deidades;
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo.
Esopo digo. Dictame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El cuervo que á ser águila se mete.
El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente asi me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza
Con que arrebató el águila su pieza,
Fue la que engañó al cuervo, pues creia

Que otro tanto á lo menos él haria.
¿Mas qué logró? servirme de escarmiento.
Ojalá que sirviese á mas de ciento
Poetas de mal gusto inficionados,
Y dijesen cual yo desengañados:
El águila eres tú, divino IRIARTE:
Ya no pretendo mas sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia.

FABULA II.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo,
Allí donde su Corte el leon tenia,
Mirando cada dia
Las cacerias, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables, y de muertos.
Mis amados hermanos,
Esclamó el triste Rei, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo cruel, sanguinario, he devorado

Inocentes Corderos,
Ya vacas, ya terneros;
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la zorra, en todo eso
No se halla mas esceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales,
Los sacros dientes, y las uñas reales.
Trató la Corte al Rei de escrupuloso:
Alli del tigre, de la onza y oso.
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El asno sin embargo mui confuso
Prorrumpió: yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento, él lozano,
Sin guarda, ni testigo,
Caí en la tentacion; comí del trigo,
¡Del trigo! ¡y un jumento!
Gritó la zorra, ¡horrible atrevimiento!
Los cortesanos claman: este, este
Irrita al cielo, que nos da la peste.
Pronuncia el Rei de muerte la sentencia;
Y ejecutóla el lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, y miserable.
Esto hallará en la corte, quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FABULA III.

EL MILANO ENFERMO.

Un milano despues de haber vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni á Galeno, ni á Hipócrates leia,
A bulto conoció que se moria.
A los Dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que afligida
Rogaria sin duda por su vida.
Mas esta le responde: desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los Dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia
Ni aun perdonaste á víctima sagrada
En las aras divinas inmolada?
Asi queremos irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FABULA IV.

EL LEON ENVEJECIDO.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido
Estaba ya postrado
Un viejo leon del tiempo consumido;
Tanto mas infeliz y lastimoso,

Cuanto habia vivido mas dichoso.
  Los que cuando valiente
Humildes le rendian vasallage,
Al verlo decadente,
Acuden á tratarlo con ultraje;
Que como la esperiencia nos enseña,
De árbol caido todos hacen leña.
  Cebados á porfia,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El lobo le mordia:
Tirábale el caballo fuertes coces.
Luego le daba el toro una cornada;
Despues el javalí su dentellada.
  Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando:
Esto es doble morir: no hai sufrimiento,
Porque muero injuriado de un jumento.
  Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con mísera caida
Desde donde lo habia ella encumbrado;
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete?

FABULA V.

LA ZORRA Y LA GALLINA.

  Una zorra cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche en una aldea

Oye al gallo cantar : maldito sea.
Agacha y sin ruido,
A merced del olfato y del oido,
Marcha , llega , y oliendo á un agujero,
Este es , dice , y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan , menos una,
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la zorra astutamente,
La pregunta : ¿qué es eso , pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla ; ¿cómo lo pasas , desdichada?
La enferma le responde apresurada:
Mui mal me va , señora , en este instante;
Mui bien , si usted se quita de delante.
Cuántas veces se vende un enemigo
Como gato por liebre , por amigo.
Al oir su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
Mui mal me va , señor , en este instante;
Mui bien , si usted se quita de delante.

FABULA VI.

LA CIERVA Y EL LEON.

Mas ligera que el viento
Precipitada huia
Una inocente cierva
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente

Entró la fugitiva.
¡Mas ai! que un leon sañudo,
Que alli mismo tenia
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
Si al evitar los riesgos
La razon no nos guia,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caida.

FABULA VII.

EL LEON ENAMORADO.

Amaba un leon á una zagala hermosa,
Pidióla por esposa
A su padre pastor urbanamente.
El hombre temeroso, mas prudente,
Le respondió: señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita acostumbrada
A no salir del prado y la majada
Entre la mansa oveja y el cordero,
Recelará tal vez que seas fiero.
No ostante, bien podremos, si consientes,
Cortar tus unas, y limar tus dientes;
Y asi verá que tiene tu grandeza
Cosas de magestad, no de fiereza.
Consiente el manso leon enamorado,

Y el buen hombre lo dexa desarmado.
Da luego su silvido:
Llegan el *matalobos y atrevido*,
Perros de su cabaña ; de esta suerte
Al indefenso leon diéron la muerte.
Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice , hablando del leon , algun amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se la diese la zagala.
Deja , Fabio el amor , déjalo luego;
Mas hablo en vano , porque siempre ciego ,
No ves el desengaño;
Y asi te entregas á tu propio daño.

FABULA VIII.

EL CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran *zapiron el blanco y rubio,*
Que despues de las aguas del diluvio
Fue padre universal de todo gato,
Ha sido *miauragato*
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es , que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *roequeso*
Echarle un cascabel , y de esa suerte.
Al ruido escaparian de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno.
¿Quién lo ha de ejecutar ? eso ninguno.
Yo soi corto de vista. Yo mui viejo.

Yo gotoso, decian. El concejo
Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? ahi está el cuento.

FABULA IX.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aqui mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fue de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá: llega al momento:
Enfermo estoi, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quiéres que yo vaya á llevarte?
Le responde la oveja recelosa,
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.

Asi dijo: y se fue: si no la mata.
¡Cuánto importa saber con quien se trata!

FABULA X.

EL HOMBRE Y LA PULGA.

Oye, Júpiter Sumo, mis querellas,
Y haz disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él y su ralea.
Este es un hombre que á los Dioses clama,
Porque una pulga le picó en la cama,
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquel, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FABULA XI.

EL CUERVO Y LA SERPIENTE.

Pilló el cuervo dormida á la serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FABULA XII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Mui cargado de leña un burro viejo:
Triste armazon de huesos y pellejo,
Pensativo, segun lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo: la carrera larga;
Todo al fin contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Espresiones agenas de sus canas.
Mas las vecinas ranas
Al oir sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oidos,
Las otras, que prudentes lo escuchaban,
Reprehendíanle asi, y aconsejaban:
Aprenda el mal jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna,
Ha de encontrar leccion mui oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y á mas de todo eso,

Aqui perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y asi nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento y alegria.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

FABULA XIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.
El borrico entretanto aprovechado,
Descansa y pace; mas el perro hambriento,
Bájate, le decia, buen jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.
El asno se le aparta como en chanza:
El perro sigue al lado del borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el asno le decia:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre mas, mejor la compañia.

Desde el bosque entretanto sale un lobo:
Pide el asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero
Con fisga respondió : *no seas bobo:*
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al lobo que te da la muerte.
El pollino murió: no hai que dudarlo;
Mas si resucitara,
Corriendo el mundo á todos predicara:
Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

FABULA XIV.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su Magestad Leonesa en compañia
De un borrico se sale á monteria.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo leon una enramada;
Mandó al asno que en ella se ocultase.
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Como trompa de caza en el ojeo,
Logró el Rei su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del leon pierden la vida.

Cuando el asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano.
A tal fanfarronada
Soltó el Rei una grande carcajada:
Y es que jamas convino
Hacer del andaluz al vizcaino.

FABULA XV.

EL CHARLATAN Y EL RUSTICO.

Lo que jamas se ha visto ni se ha oido
Verán ustedes; atencion les pido.
Asi decia un charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto: quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo,
Creyendo que lo tiene, y que lo tapa,
Atumultuado grita: *fuera capa.*
Descubrióse; y al ver que nada habia,
Con vitores lo aclaman á porfia.
Par diez, dijo un patan, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el puerco mas perfectamente;
Si no, que me lo claven en la frente.
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del payo su asistencia.
Llegó la hora, todos acudieron:
No bien al charlatan gruñir oyeron

Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al son de las palmadas.
Sube despues el rústico al tablado
Con un bulto en la capa, y embozado,
Imita al charlatan en la postura
De fingir que un lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia en que era el bulto
Un marranillo que tenia oculto.
Tírale callandito de la oreja:
Gruñendo en tiple, el animal se queja:
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aqui se oia un *fuera*, alli un silvido,
Y todo el mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El rústico descubre su marrano:
Al público lo enseña, y dice ufano:
¿Asi juzgan ustedes?
¡O preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO IV.

FABULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

EL AUTOR A SUS VERSOS.

Fieras, aves y peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo

A general congreso á todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel, cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto regio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentia decir : *la mona falta.*
Ya llega, dijo entonces
Una habladora urraca,
Que como centinela,
En la alta punta de un cipres estaba.
Entra rompiendo filas
Con su cachorro ufana,
Y ante el escelso trono
El premio pide de hermosura tanta.
El Dios Júpiter quiso,
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa;
Pero se le soltó la carcajada.
Armóse en el concurso
Tal bulla y algazara,
Que corrida la mona
A Tetuan se volvió desengañada.
¿Es creible, Señores,
Que yo mismo pensára
En consagrar á Apolo
Mis versos, como dignos de su gracia?
Cuando por mi fortuna
Me encontré esta mañana,
Continuando mi obrilla,
Este cuento moral, esta patraña;
Yo dije á mi capote,

¡Con qué chiste, qué gracia,
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la mona
Cuanto el ciego amor propio nos engaña.

FABULA II.

EL ASNO Y JÚPITER.

No sé como hai jumento,
Que teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse á burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde mui temprano
Cada dia cien cargas de verdura:
Vuelvo con otras tantas de basura,
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta: ¿qué será mi muerte
Como no mude Júpiter mi suerte?
Un asno de este modo se quejaba.
El Dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decia, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado pero mal comido,
A Júpiter me voi con el empeño
De lograr nuevo dueño.
Envióle á un curtidor: entonces dice:
Aun con este amo soi mas infelice,
Cargado de pellejos de difunto

Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo,
Júpiter por no oir tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal pollino,
Si le habla de mudanza de destino.
Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
¿ Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca, pero sí al ageno.

FABULA III.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ.

Una perdiz en celo reclamada,
Vino á ser en la red aprisionada.
Al cazador la mísera decia:
Si me das libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo estenderé mi vuelo:
Juntaré á mis amigas en bandadas,
Que guiaré á tus redes engañadas,
Y tendrás sin costarte dos ochavos
Doce perdices como doce pavos.
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y asi crees que me obligas?
Respondió el cazador; pues no señora:

Muere y paga la pena de traidora.
La perdiz fue bien muerta, no es dudable;
La traicion, aun soñada, es detestable.

FABULA IV.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y tres veces á la muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo, temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Trémulo la decia, y balbuciente:
Yo.... Señora.... os llamé desesperado;
Pero.... Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.
Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.

FABULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Un miserable enfermo se moria,
Y el médico importuno le decia:
Usted se muere, yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano
Si se hubiese acudido mas temprano
Con el benigno clíster detergente.
El triste enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al médico diciendo:
Señor Galeno, su consejo alabo:
Al asno muerto la cebada al rabo.
Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FABULA VI.

LA ZORRA Y LAS UVAS.

En voz comun que á mas del mediodia
En ayunas la zorra iba cazando:
Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.
Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra

Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó, y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fue cuando la zorra dijo:
No las quiero comer: *No estan maduras.*
No por eso te muestres impaciente,
Si te se frustra, Fabio, algun intento:
Aplica bien el cuento,
Y dí: No estan maduras, *frescamente.*

FABULA VII.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores
Una cierva ligera,
Siente, ya fatigada en la carrera,
Mas cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algun seguro
Y vecino parage
De gruta ó de ramage,
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Continúa la fuga presurosa:
Halla al paso una viña mui frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegria,
Viéndose á paz y á salvo en tan buen hora.
Olvida el bien; y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comia,
¡Mas ai! que de esta suerte
Qúitando ella las hojas de delante,
Abrió puerta á la flecha penetrante,

Y el listo cazador le dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
El justo cielo á la cierva ingrata.
¿Mas qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?

FABULA VIII.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De reliquias cargado
Un asno recibia adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba;
Y le dijo: yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura.
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor jumento,
Que solo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.
Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo, ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza:
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor jumento, no se engría tanto,
Que si besan la peana, es por el santo.

FABULA IX.

LOS DOS MACHOS.

Dos machos caminaban : el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo , desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones , y al instante
Asieron de la rienda al arrogante:
El se defiende , ellos le maltratan;
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen , y dice entonces el segundo:
Si á estos riesgos esponen en el mundo
Las riquezas , no quiero , á fe de macho,
Dinero , cascabeles , ni penacho.

FABULA X.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá , perro viejo,
Lebrel en monteria ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y á cuerno su pellejo,
Seguia á un javalí sin esperanza

De poderlo alcanzar; pero no ostante,
Aguzándolo su amo á cada instante,
A duras penas mustafá lo alcanza.
  El cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y asi su resistencia no le deja
Cebar al perro su cansado diente:
  Con airado colmillo lo rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El cazador furioso
Reniega del lebrel, y de su raza.
Viejo estoi, le responde, ya lo veo:
Mas dí, ¿sin mustafá cuándo tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
En tu casa de abrigo, y de trofeo?
  Miras á lo que soi, no á lo que he sido.
¡Suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
  ¿Mas para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FABULA XI.

LA TORTUGA Y LA AGUILA.

Una tortuga á una águila rogaba
La enseñase á volar, asi la hablaba:
Con solo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontado el vuelo

Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas:
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil delicioso modo
Lograré en pocos dias verlo todo.
La águila se rió del desatino:
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso asi la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente:
La Reina de las aves prontamente
La arrebata, la lleva por las nubes:
Mira, la dice, mira como subes.
Y al preguntarla, dijo: ¿vas contenta?
Se la deja caer, y se revienta.
Para que asi escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.

FABULA XII.

EL LEON Y EL RATON.

Estaba un ratoncillo aprisionado
En las garras de un leon: el desdichado
En la tal ratonera no fue preso
Por ladron de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al leon que en su retiro descansaba.
Pide perdon llorando su insolencia.
Al oir implorar la Real clemencia,
Responde el Rei en magestuoso tono

(No dijera mas Tito): te perdono.
Poco despues cazando el leon, tropieza
En una red oculta en la maleza,
Quiere salir, mas queda prisionero:
Atronando la selva ruge fiero.
El libre ratoncillo que lo siente,
Corriendo llega, roe diligente
Los nudos de la red, de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.
Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso:
Tal vez se puede ver necesitado
Del auxilio de aquel mas desdichado.

FABULA XIII.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS.

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas diciendo:
A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto.
Llegan á una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta rana, que asustada
A las aguas se arroja á su llegada:
Ola, dijo una liebre, ¿con que hai otras
Tan tímidas, que aun tiemblan de nosotras?
Pues suframos como ellas el destino:
Conocieron sin mas su desatino.
Asi la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.

FABULA XIV.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un gallo mui maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oia las razones
De un zorro mui cortes y mui atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.
Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartía
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja; daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.
Amigo de mi alma,
Responde el gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voi tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:
Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya estan adelante
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos lebreles.
A Dios, á Dios, amigo,
Dijo el zorro, que estoi mui ocupado;
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.

El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hai otro engaño,
A un pícaro otro mayor.

FABULA XV.

EL LEON Y LA CABRA.

Un señor leon andaba como un perro
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar á una cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al leon que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano:
El cazador entonces cortesano
La dice: baja, baja, mi querida:
No busques precipicios á tu vida.
En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo.
¿Desde cuándo, Señor, la Real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.
Asi le respondió la astuta cabra;
Y él se fue sin replicar palabra.
Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin examen el consejo.

FABULA XVI.

LA HACHA Y EL MANGO.

Un hombre, que en el bosque se miraba
Con una hacha sin mango, suplicaba
A los árboles diesen la madera
Que mas sólida fuèra
Para hacerle uno fuerte, y mui durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche. Y él contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando á gusto
Del alto roble el brazo mas robusto.
Ya los árboles todos recorria;
Y mientras los mejores elegia,
Dijo la triste encina al fresno: *amigo,*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FABULA XVII.

LA ONZA Y LOS PASTORES.

En una trampa una onza inadvertida
Dió mísera caida.
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa
Los vecinos pastores,
No valerosos, pero sí traidores.
Cada cual por su lado
La maltrataba airado.

Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
Unos á palos, otros á pedradas:
Al fin la abandonaron por perdida.
Pero viéndola dár muestras de vida
Cierto pastor, dolido de su suerte,
Por evitar su muerte,
Le arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiese recobrar aliento.
Llega la noche, témplase la saña,
Marchan á descansar á la cabaña
Todos con esperanza mui fundada
De hallarla muerta por la madrugada.
Mas la fiera entretanto,
Volviendo poco á poco del quebranto,
Toma nuevo valor, y fuerza nueva,
Salta, deja la trampa, va á su cueva;
Y al sentirse del todo reforzada,
Sale, sí mui ligera, pero mas airada.
Ya destruye ganados:
Ya deja los pastores destrozados;
Nada aplaca su cólera violenta:
Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
El buen pastor por quien tal vez vivia,
Lleno de horror, la vida le pedia.
No serás maltratado,
Dijo la onza, vive descuidado,
Que yo solo persigo á los traidores
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.
Quien hace agravios, tema la venganza:
Quien hace bien, al fin el premio alcanza,

FABULA XVIII.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un pavo
Un grajo se vistió: pomposo y bravo
En medio de los pavos se pasea.
La manada lo advierte, lo rodea,
Todos le pican, burlan, y lo envian,
¿Dónde, si ni los grajos lo querian?
¿Cuánto há que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FABULA XIX.

EL HOMBRE Y LA COMADREJA.

Así decia cierta comadreja
A un hombre que la habia aprisionado:
¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto, ni de queja?
¿No soi la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mia,
Cuidadosa registro noche y dia
Para que vivas libre de ratones?
¡Gran fineza por cierto!
El hombre respondió: pues dí, ladrona,
Si tu glotoneria no perdona
Ni á raton vivo, ni á cochino muerto,
Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura

Por mi bien los ratones? ¡ Qué locura!
No tendria yo malas tragaderas:
Morirás. *Y el astuto que pretenda*
Vender como fineza lo que ha hecho,
Sin mirar á mas fin que á su provecho,
Sabrá que hai en el mundo quien lo entienda.

FABULA XX.

BATALLA DE LAS COMADREJAS Y LOS RATONES.

Vencidos los ratones,
Huian con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de comadrejas.
Marchaban con desórden,
Que cuando el miedo reina,
Es la confusion sola
El gefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar á duras penas:
Pero los capitanes,
Que en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas

Víctimas de la guerra;
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las comadrejas.
¡Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las cabañas
Á los palacios y á las torres llegan.

FABULA XXI.

EL LEON Y LA RANA.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un leon horroroso
Con mesurado paso magestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atencion, y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabia
De qué bestia feroz quizá saldria
Aquella voz, que tanto mas sonaba
Cuanto mas en silencio todo estaba.
Su Magestad leonesa
La selva toda registrar procura:
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡ó qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz, y era una rana.
Llamará la atencion de mucha gente

El charlatan con su manía loca:
¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una rana, todo boca?

FABULA XXII.

EL CIERVO Y LOS BUEYES.

Con inminente riesgo de la vida
Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un buei: ¿ignoras, desdichado,
Que aqui viven los hombres? ¡ah cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo,
Como perdiz en boca de raposo.
El ciervo respondió: pero no ostante
Dejadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.
Oculto en el ramage permanece:
A la noche el bueyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento:
Nada divisa; sálese al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco lo encuentran.
Libre de aquel apuro,
El ciervo se contaba por seguro:
Pero el buei mas anciano
Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo:
Yo le llamó *cien-ojos* por apodo:
Mas chiton, que ya viene.

Entra *cien-ojos*, todo lo previene:
A los rústicos dice: no hai consuelo:
Las colleras tiradas por el suelo,
Limpio el pesebre, pero mui de paso,
El ramage mui seco, y mas escaso:
Seor mayoral, ¿es este buen gobierno?
En esto mira al enramado cuerno
Del triste ciervo: grita, acuden todos,
Contra el pobre animal de varios modos;
Y á la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza,
Esto quiere decir, que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ageno.

FABULA XXIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes pasageros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas, y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo mui sereno,
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza,

FABULA XXIV.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasagero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es comun en los hombres
Poseídos del miedo,
Para salvar la vida,
Esponerla tal vez á mayor riesgo.
Llegaron los vandidos,
Practicaron lo mesmo
Que antes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De allí á mui poco trecho
Un rio caudaloso,
Que corria apacible y con silencio.
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las aleves aguas sin remedio.
Temamos los peligros

De designios secretos,
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece , anuncia el riesgo.

FABULA XXV.

EL LEON , EL LOBO Y LA ZORRA.

Trémulo y achacoso
A fuerza de años un leon estaba;
Hizo venir los médicos ansioso
Por ver si alguno de ellos lo curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño:
Ninguno al Rei propone el desengaño;
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un lobo cortesano
Con tono adulador y fin torcido
Dijo á su Soberano:
He notado , señor , que no ha asistido
La zorra como médico al congreso;
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictámen en tan grave asunto.
Quiso su Magestad que luego al punto
Por la posta viniese:
Llega , sube á palacio ; y como viese
Al lobo su enemigo , ya instruida
De que él era el autor de su venida,
Que ella escusaba cautelosamente.
Inclinándose al Rei profundamente,
Dijo : quizá , señor , no habrá faltado

Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenia hecho,
Y para mas provecho,
En mi viage traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Convienen pues los grandes profesores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que solo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero este se recobra y vivifica,
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra Magestad tiene en la mano.
A un lobo vivo arránquenle el pellejo,
Haced que os lo apliquen al instante;
Y por mas que esteis débil, flaco, viejo,
Os sentireis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo,
El mismo lobo os servirá de almuerzo.
Convino el Rei; y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz lobo como un perro.
Asi viven, y mueren cada dia
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos,
Al deguello se tiran á porfia.
Tomen esta leccion mui oportuna:
Lleguen á la privanza enhorabuena;
Mas labren su fortuna
Sin cimentarla en la desgracia agena.

LIBRO V.

FABULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran gato,
De nariz roma pero largo olfato,
Se metió en una casa de ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento:
Por delante de sí de ciento en ciento
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso;
Y ensanchando asi mas sus tragaderas,
Al fin los elegia como peras.
Este fué su egercicio cotidiano;
Pero tarde ó temprano
Al fin ya los ratones conocian
Que por instantes se disminuian.
Don *Roepan*, cacique el mas prudente
De la ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo asi con natural despejo:
Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo

Hasta nuestra viviènda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allá de modo alguno.
El medio pareció mui oportuno;
Y fué tan observado,
Que ya *Marramaquiz* el mui taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los pies de un palo
Haciendo el muerto: no era el ardid malo.
Pero Don *Roepan* luego que advierte
Que su enemigo estaba de tal suerte;
Asomando el hocico á su agujero:
Ola, dice, ¿qué es eso, caballero?
¿Estas muerto de burlas ó de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
Pues no nos contaremos ya seguros
Aun sabiendo de cierto,
Que eras á mas á mas de gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.
Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa mui sabida,
Que puede algunas veces
Al huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada menos que la vida.

FABULA II.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un burro cojo vió que le seguia
Un lobo cazador, y no pudiendo

Huir de su enemigo, le decia:
Amigo lobo, yo me estoi muriendo:
  Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,
No me veria asi como me veo.
  Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan escesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.
  O, dijo el cazador con ironia,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomia,
Sino que soi perfecto cirujano.
El caso és para mí una patarata;
La operacion no mas que de un momento:
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen jumento.
  Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas este le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.
  Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Ai infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
  Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero;
¿Pues si pude vivir tan regalado,
A qué meterme ahora á curandero?
Hablemos en razon, no tiene juicio
Quien deja el propio por ageno oficio.

FABULA III.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé á dónde ciertamente,
Un caballo y un asno juntamente:
Este cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga,
Causaron al borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.
Dice el otro: revienta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren y qué borrico se me muere?
Tan justamente se quejó el jumento,
Que espiró el infeliz en el momento:
El caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos y aparejos todo junto;
Item mas, el pellejo del difunto.
Juan, alivia en sus penas al vecino:
Y él cuando tú las tengas, déte ayuda.
Si no lo haceis asi, temed sin duda
Que sereis el caballo y el pollino.

FABULA IV.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado
En el ardiente estio
Debajo de una encina
Reposaba pacifico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos egercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veia calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
¿Por qué la Providencia,
Decia entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor seria,
Que trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?
Bien oportunamente
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
Par diez, prorrumpió entonces
El labrador sencillo:
Si lo que fué bellota,
Algun gordo melon hubiera sido,
Desde luego pudiera

Tomar á buen partido
En caso semejante
Quedar desnarigado, pero vivo,
Aqui la Providencia
Manifestarle quiso,
Que supo á cada cosa
Señalar sábiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo esta repartido,
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

FABULA V.

EL ASNO VESTIDO DE LEON.

Un asno disfrazado
Con una grande piel de leon andaba;
Por su temible aspecto casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el destino,
Que le llegase á ver desde el molino
La punta de una oreja el molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dále de palos, llévalo á su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa,
Llegan todos á ver en el instante
Al que habian temido leon reinante;
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien mas le respetó mas le desprecia.
Desde que oí del asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja

De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero;
Que le han de ver la punta de la oreja.

FABULA VI.

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO.

Erase una gallina que ponia
Un huevo de oro al dueño cada dia.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo mas tesoro.
Matóla, abrióla el vientre de contado;
Pero despues de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la gallina
Perdió su huevo de oro, y no halló mina.
¡Cuántos hai que teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos,
A veces de tan rápidos efectos,
Que solo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

FABULA VII.

LOS CANGREJOS.

Los mas autorizados, los mas viejos
De todos los cangrejos

Una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
A propuesta de un docto presidente,
Como resolucion la mas urgente
Tomaron la que sigue: pues que al mundo
Estamos dando ejemplo sin segundo
El mas vil y grosero
En andar ácia atras como el soguero:
Siendo cierto tambien que los ancianos
Duros de pies y manos,
Causándonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre.
Toda madre desde este mismo instante
Ha de enseñar á andar ácia adelante
A sus hijos: y dure la enseñanza
Hasta quitar del mundo tal usanza.
Garras á la obra, dicen las maestras
Que se creian diestras;
Y sin dejar ninguno,
Ordenan á sus hijos uno á uno,
Que muevan sus patitas blandamente
Ácia adelante sucesivamente.
Pasito á paso al modo que podian
Ellos obedecian;
Pero al ver á sus madres que marchaban
Al reves de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos documentos,
Imitaban sus pasos mas contentos.
Repetian las madres sus lecciones;
Mas no bastaban teóricas razones,
Porque obraba en los jóvenes cangrejos
Solo un ejemplo mas que mil consejos.
Cada maestra se aflige y desconsuela
No pudiendo hacer prática su escuela:

De modo que en efecto
Abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso;
Y en su pleno congreso
La nueva lei al punto derogaron.
Porque se aseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabian ser la norma.
Y es asi; que la fuerza de las leyes
Suele ser el ejemplo de los reyes.

FABULA VIII.

LAS RANAS SEDIENTAS.

Dos ranas, que vivian juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna.
Saltando aqui y alli llegó la una
A la orilla de un pozo.
Llena entonces de gozo,
Gritó á su compañera:
Ven, y sal ligera.
Llegó, y estando entrambas á la orilla,
Notando como grande maravilla
Entre los agostados juncos y heno
El fresco pozo casi de agua lleno,
Prorumpió la primera: ¿á qué esperamos,
Que no nos arrojamos
Al agua que apacible nos convida?
La segunda responde: inadvertida,
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso y preveo,

Que aunque es facil al pozo nuestra entrada'
La agua con los calores exhalada,
Segun vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,
En la estigia laguna nos veremos.
Por consultar al gusto solamente
Entra en la nasa el pez incautamente;
El pájaro sencillo en la red queda;
¡Y en que lazos el hombre no se enreda!

FABULA IX.

EL CUERVO Y EL ZORRO.

En la rama de un arbol
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el señor cuervo.
Del olor atraido
Un zorro mui maestro,
Le dijo estas palabras
A poco mas ó menos:
Tenga usted buenos dias,
Señor cuervo, mi dueño:
Vaya que estais donoso,
Mono, lindo en estremo:
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento,
Que si á tu bella traza
Corresponde el gorgeo,
Juro á la Diosa Ceres,
Siendo testigo el cielo,

Que tú serás el fenix
De sus vastos imperios.
Al oir un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.
El mui astuto zorro,
Despues de haberlo preso,
Le dijo: señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedais con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Mientras digiero el queso.
Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.

FABULA X.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen cojo un descortes
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el cojo: aqui fue
Donde el buen hombre perdió
Los estribos; pues le dió

Tanta cólera, y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pie.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre solo afrenta,
Lo que supo merecer,
Padecer.

FABULA XI.

EL CARRETERO Y HERCULES.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña:
El á nada se mueve, ni se amaña;
Pero jura mui bien: gran carretero.
A Hércules invocó; y el Dios le dice:
Aligera la carga: ceja un tanto,
Quita ahora ese canto:
¿Está? Sí, le responde, ya lo hice.
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar. De esta manera,
Arreando á la mohina y la roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.
Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor: ha de ayudarte.

FABULA XII.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aqui se escabulle, alli lo atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando mas la afligia su tristeza
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal por su fortuna
Del chivo padre la gentil cabeza.
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoi como encantada.
Al agua el chivo se arrojó sediento:
Monta sobre él la zorra, de manera
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal, y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,
Del peligro menor salir procura?

FABULA XIII.

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ.

Un lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robase.
El mono Juez, como ella lo negase,

Dejólos alegar prolijamente.
Enterado pronuncia la sentencia:
No consta que te falte nada, lobo.
Y tú, raposa, tú tienes el robo,
Dijo, y los despidió de su presencia.
  Esta contradiccion es cosa buena,
La dijo el docto mono con malicia.
Al perverso su fama lo condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.

EABULA XIV.

LOS DOS GALLOS.

  Habiendo á su rival vencido un gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Mas grave, mas pomposo
Que el mismo Gran Sultan en su serrallo.
  Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el gavilan lo advierte,
Lo pilla, lo arrebata; y por su muerte
Quedó el rival Señor del gallinero.
Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva tambien de ejemplo á los mortales
Que se juzgan exentos de los males,
Cuando se ven en próspera bonanza.

FABULA XV.

LA MOÑA Y LA ZORRA.

  En visita una mona
Con una zorra estaba cierto dia,

Y asi ni mas ni ménos la decia:
Por mi fe que teneis bella persona,
  Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola;
Y á no ser tan disforme vuestra cola,
Seríais en lo hermoso la primera.
  Escuchad un consejo,
Que ha de ser á los dos mui importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.
  Abrenuncio, la zorra le responde:
Es cosa para mí menos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga,
Que verla por pañal bien sé yo donde.
  Por ingenioso que el necesitado
Sea para pedir al avariento,
Este será de superior talento
Para negarse á dar de lo sobrado.

FABULA XVI.

LA GATA MUGER.

  Zapaquilda la bella
Era gata doncella
Mui recatada, no menos hermosa;
Queríala su dueño por esposa
Si Venus consintiese,
Y en muger á la gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la Diosa placentera;
Y ved á *zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.

Celébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada,
La novia relamida, almidonada
Junto al novio galan enamorado,
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la Diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente.
Al punto que lo ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él, y échale el guante.
Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna,
La propension del natural es una
En todo estado, y mas con la costumbre.

FABULA XVII.

LA LEONA Y EL OSO.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
Con un rugir contínuo y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una leona á las fieras inquietaba.
Dícela un oso: escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa,
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la mas infeliz de los nacidos,

¿Cómo no moriré desesperada
Si me han robado el hijo? ¡ai desdichada!
¡Ola! ¿con que eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas,
No nos quiten el sueño tus querellas.
A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no ostante le parece,
Que de esta lei una escepcion merece.
Asi nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es agena.

FABULA XVIII.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO.

Distante de la aldea
Iba cazando un perro
Flaco, que parecia
Un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa
Un lobo lo hizo preso.
Aqui de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
Decidme, señor lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi dueño:

Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que pasado este tiempo,
Podras comerme á gusto,
Lúcio, gordo y relleno.
Quedaron convenidos;
Y apenas se cumplieron
Los dias señalados,
El lobo buscó al perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero,
Llamado matalobos,
Mastin de los mas fieros:
Salen á recibirlo.
Al punto que lo vieron,
Matalobos bajaba
Con corbatin de hierro,
No era el lobo persona
De tantos cumplimientos;
Y asi por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huía, y lo llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
Pies, ¿para qué os quiero?
Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano,
Que por el aire ciento.

FABULA XIX.

LA OVEJA Y EL CIERVO.

Un celemin de trigo
Pidió á la oveja el ciervo, y la decia:
Si es que usted de mi paga desconfia,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar á tener queja:
¿Y quién es este? preguntó la oveja.
Es un lobo abonado, llano y lego.
¡Un lobo! ya: mas hallo un embarazo:
Si no teneis mas fincas que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré cumplido el plazo?
Si quien es el que pide, y sus fiadores
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FABULA XX.

LA ALFORJA.

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los agenos delante,
Detras los mios.
Esto hacen todos;
Asi ven los agenos,
Mas no los propios.

FABULA XXI.

EL ASNO INFELIZ.

Yo conocí un jumento
Que murió mui contento,
Por creer (y no iba fuera de camino)
Que asi cesaba su fatal destino.
Pero lo adversa suerte
Aun despues de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles;
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.
Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será: Fedro lo dice.

FABULA XXII.

EL JAVALI Y LA ZORRA.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un javalí en el tronco de una encina.
La zorra que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: estraño el verte,
Siendo tú en paz Señor de la bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.
La fiera le responde: tengo oido

Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Asi como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII.

EL PERRO Y EL COCODRILO.

Bebiendo un perro en el Nilo
Al mismo tiempo corria:
Bebe quieto, le decia
Un taimado cocodrilo.
Díjole el perro prudente:
Dañoso es beber y andar,
Pero ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?
¡O qué docto perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

FABULA XXIV.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.

Débil y flaca cierta comadreja,
No pudiendo ya mas de puro vieja,
Ni cazaba ni hacia provisiones
De abundantes ratones,
Como en tiempos pasados,
Que elegia los tiernos, regalados
Para cubrir su mesa.

Solo de tarde en tarde hacia presa
En tal cual que pasaba mui cercano,
Gotoso, paralítico ó anciano.
Obligada del hambre cierto dia,
Urdió el modo mejor con que saldria
De aquella pobre situacion hambrienta,
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada.
Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecucion del pensamiento.
Llega el raton sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardid tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno;
Y á merced de discurso tan estraño
Logró sacar su tripa de mal año.
Es un feliz ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que pasó á la comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FABULA XXV.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un lobo mui flaco y mui hambriento,
Encontró con un perro tan relleno,

Tan lúcio, sano y bueno,
Que le dijo: yo estraño
Que estes de tan buen año,
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mí mas pujante,
Mas osado y sagaz mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado,
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan, ni mas ocupaciones,
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoi curtido.
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos, y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores,
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Varios puntos tratando en confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el lobo por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al perro dijo: he reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿qué es eso? Nada.
Dímelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:

Pero no me da pena;
Pues aunque por inquieto
A ella estoi sujeto,
Me sueltan cuando comen mis Señores;
Recíbenme á sus pies de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado:
Aquel un hueso poco descarnado;
Y aun el gloton que todo se lo traga,
A lo menos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo,
Yo meneo la cola, callo y como.
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estas preso:
Jamas sales de casa,
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.
Es así. Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hai bocado en sazon para un esclavo.

Nec aliud quidquam per Fabellas quæritur,
Quam corrigatur error ut mortalium,
Acuatque sese diligens industria.

PHEDR. Fab. Prol. Lib. II.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO BASCONGADO,

POR

DON FELIX MARIA SAMANIEGO,

Señor de las villas y valle de Arraya en la provincia de Alaba, Individuo de número, y Literato de la Real Sociedad Bascongada, Presidente de turno de dicho Seminario.

TOMO II.

Neque enim notare singulos mens est mihi;
Verum ipsam vitam, et mores hominum ostendere.

PHEDR. Fab. Prol. Lib. III.

ADVERTENCIA.

A escepcion de un corto número de argumentos sacados de ESOPO, FEDRO *y* LA-FONTAINE, *todos los asuntos contenidos en los apólogos de los libros I. II. y III. pertenecen al Fabulista ingles* GAI. *El libro IV. es original.*



FABULAS

LIBRO PRIMERO.

PROLOGO.

FABULA PRIMERA.

EL PASTOR Y EL FILOSOFO.

De los confusos pueblos apartado
Un anciano pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la estremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su esperiencia
Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varon; hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan estraña,
Acercóse un filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al pastor: díme ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? Acaso te ocupaste

Largas noches leyendo á la candela?
¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platon has tú medido?
¿O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez como Ulises has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?
Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano)
Discurrí por incógnitos paises.
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisongero
Se instruye en el doblez y en la patraña:
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un ódio firme al vicio me ha inspirado:
Ejemplo de virtud da á mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el dia de mañana:
Mi mastin el hermoso,
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante,
Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.

Sabia naturaleza mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamas hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso;
Pues saben los prudentes,
Que lejos de ser sabio el que asi hable,
Será un buho solemne despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado.
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche á la urraca será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ageno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos y alcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.
No hai daño ni animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último en el libro interminable
De la naturaleza yo medito:
En todo lo creado es admirable;
Del ente mas sencillo y pequeñito
Una contemplacion profunda alcanza
Los mas preciosos frutos de enseñanza.
Tu virtud acredita, buen anciano,
(El Filósofo esclama)

Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores:
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina;
Asi quien sus verdades examina
Con la meditacion y la esperiencia
Llegará á conocer virtud y ciencia.

FABULA II.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA.

Un jóven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso
Con sus males secretos retirado:
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
¿Te falta la salud? Pues caballero,
De todo tu dinero,
Nobleza, juventud y poderío,
Sábete que me rio:
Trata de recobrarla, pues perdida
¿De qué sirven los bienes de la vida?
Todo esto una fantasma le previno,
Y al instante se fue como se vino.
El enfermo se cuida, se repone,
Un nuevo plan de vida se propone:
En efecto se casa.
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora
La muger (Dios nos libre) gastadora,

Aun mucho mas que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Mas que nunca aburrido,
Se puso sobre un pie de economía,
Que estrechándola mas de dia en dia,
Al fin se enriqueció con opulencia:
La fantasma le dice: en mi conciencia
Que te veo amarillo como el oro:
Tienes tu corazon en el tesoro:
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladron enarbolado.
Las noches pasas en mortal desvelo:
¿Y asi quieres vivir?... ¡qué desconsuelo!
El hombre, como caso milagroso,
Se transformó de avaro en ambicioso.
Llegó dentro de poco á la privanza:
El señor don dinero ¡qué no alcanza!
La fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caida.
Resuélvese á dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
Que aun alli le persigue la fantasma?
Los insectos, los yelos y los vientos,
Todos los elementos,
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.

¿Pues á dónde irá el pobre caballero?....
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FABULA III.

EL JAVALI Y EL CARNERO.

De la rama de un árbol un carnero
Degollado pendia:
En él á sangre fria
Cortaba el remangado carnicero:
El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo ni pacia, ni balaba.
Un jabalí gritó, cobarde gente,
Que mirais la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengais del enemigo?
Tendrá (dijo un carnero) su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.
La piel, que arranca con sus propias manos,
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen á los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores:
Mira como los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.

FABULA IV.

EL RAPOSO, LA MUGER Y EL GALLO.

Con las orejas gachas:
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un raposo
Un gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
Vecinos que le lleva:
Que es el mio, vecinos.
Oye el gallo las quejas,
Y le dice al raposo:
Díle, que no nos mienta,
Que soi tuyo y mui tuyo.
Volviendo la cabeza
Le responde el raposo:
Oyes, gran embustera,
No es tuyo, sino mio:
El mismo lo confiesa.
Mientras esto decia,
El gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El raposo burlado
Huyó: ¡quién lo creyera!
Yo *pues á mas de cuatro*
Mui zorros en sus tretas,

Por hablar á destiempo,
Los ví perder la presa.

FABULA V.

EL FILOSOFO Y EL RUSTICO.

La del alba seria
La hora en que un filósofo salia
A meditar al campo solitario,
En lo hermoso y lo vario.
Que á la luz de la Aurora nos enseña
Naturaleza entonces mas risueña.
Distraido sin senda caminaba,
Cuando llegó á un cortijo donde estaba
Con un martillo el rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portatil escalera.
¿Qué haces de esa manera?
El filósofo dijo:
Castigar á un ladron de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho mas destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavo en la pared... ya estoi contento...
Sirve á toda tu raza de escarmiento.
El matador es digno de la muerte;
(El sabio dijo) mas si de esa suerte
El milano merece ser tratado,
¿De qué modo sera bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran a infinitos inocentes,
Y cuenta como misera su vida,
Si no hace de cadáveres comida?

Y aun tú, que asi castigas los delitos,
Cenarías anoche tus pollitos.
Al mundo le encontramos de este modo,
(Dijo airado el patan), y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.
El sabio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones,
Que demuestran su orgullo y tirania;
Mientras por su sentencia cada dia
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FABULA VI.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron
Aqui y alli picando
Hasta el cercano otero.
Mui contenta la pava
Decia á sus polluelos:
Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo tambien las como:
Es un sabroso celo.

Picad, queridos mios:
¡O qué dias los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¡Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
¡O glotones humanos,
Crueles carniceros!
Mientras tanto una hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
¡Ola! con que los hombres
Son crueles perversos:
¿Y qué sereis los pavos?
¡Ai de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¡Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No respondió la pava
Por no saber un cuento,
Que era entonces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roía
Un grano de centeno:
Viéronlo las hormigas:
¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!

Aqui fue Troya (dicen):
Muere, pícaro perro.
Y ellas ¿qué hacian? Nada:
Robar todo el granero.
Hombres, pavos, hormigas,
Segun estos ejemplos,
Cado cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.

FABULA VII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

Con que de tus recetas esquisitas
(Un enfermo esclamó) ninguna alcanza!...
El médico se fue sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Asi desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
En todos mis contratos he logrado
(No lo niego) ganancia mui segura:
Trabajé en calcular mis intereses.
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Mas por felicidad que por usura.
Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso,
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas en fin es un hecho de justicia.

Si por cierto instrumento
Reduje una familia mui honrada
A pobreza estremada,
Algun dia leerán mi testamento.
Entónces (muerto yo) se hará patente
En la tierra, lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.
Una vision se acerca, y dice: hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno:
Una accion de piedad está en tu mano.
Tus prójimos, segun sus oraciones,
Estan necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones....
¡Cien doblones! No es nada.
Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
¿Seria caridad bien ordenada?...
Avaro ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana....
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.
La vision se volvió sin un ochavo.

FABULA VIII.

EL CAMELLO Y LA PULGA.

Al que ostenta valimiento,
Cuando su poder es tal
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada
Un camello mui cargado
Esclamó ya fatigado:
¡O qué carga tan pesada!
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:
Del peso te libro yo.
El camello respondió:
Gracias, señor elefante.

FABULA IX.

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA.

Poco antes de morir el corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento.
Y es feliz hasta el último momento.
Asi, cuando es el mal inevitable,
Es quien menos prevee mas envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al lechon de cierta historia.
Al mercado llevaba un carretero
Un marrano, una cabra, y un carnero.
Con perdon, el cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
Esta si que es miseria:
Perdido soi, me llevan á la feria.
Asi gritaba: mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.
El carretero al gruñidor le dice:

¿No miras al carnero y á la cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?
¡Ai, señor (le responde), ya lo veo!
Son tontos, y no piensan. Yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero á mí, que soi bueno solamente
Para pasto del hombre.... no lo dudo,
Mañana comerán de mi menudo.
A Dios, pocilga, á Dios, gamella mia.
Sutilmente su muerte preveía.
¿Mas qué lograba el pensador marrano?
Nada sino sentirla de antemano.
El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.

FABULA X.

EL LEON, EL TIGRE Y EL CAMINANTE.

Entre sus fieras garras oprimia
Un tigre á un caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un leon acudió: con bizarría
Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
A su régia caverna. Toma aliento,
(Le decia el leon) nada te asombre:
Soi tu libertador: estáme atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga,
Que se atreva á mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder; ó que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.

Yo, yo solo Monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¡Cuántas veces la onza, y aun el oso
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso,
Dan el mas claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.
Es verdad, dijo el hombre, soi testigo:
Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo á tu nacion amedrentada.
Al librarme venciste á mi enemigo.
En todo esto, señor, (con tu licencia)
Solo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano:
Porque, señor, es llano,
Que el Monarca será más venturoso
Cuanto hiciere á su pueblo mas dichoso...
¿Con razon has hablado;
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha agena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.
Ellos me aseguraban de concierto,
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?

FABULA XI.

LA MUERTE.

Pensaba en elegir la reina muerte
Un ministro de estado:
Le queria de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El tabardillo, gota, pulmonía,
Y todas las demas enfermedades,
Yo conozco, decia,
Que tienen escelentes calidades.
¿Mas qué importa? La peste, por ejemplo,
Un ministro seria sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de estos elijo... Mas no quiero,
Que estan mui bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia;
Y despues de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la intemperancia.

FABULA XII.

EL AMOR Y LA LOCURA.

Habiendo la locura
Con el amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al cielo
Venus, ¡mas con qué gritos!
Era madre y esposa,
Con esto queda dicho.
Queréllase á los Dioses,
Presentando á su hijo:
¿De qué sirven las flechas,
De qué el arco á Cupido,
Faltándole la vista
Para asestar sus tiros?
Quítensele las alas,
Y aquel ardiente cirio,
Si á su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos.
Atendiendo á que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y á que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
Ordeno á la locura
Desde este instante mismo
Que eternamente sea
De amor el lazarillo.

LIBRO II.

FABULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un raposo quitó de dia en dia
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocia,
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan:
Ahora conjuradas en mi daño,
¿No veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes
Al furor de mis garras divididos.
Apartad esas aves que aqui veo,
Y me piden sus pollos devorados:

Su infernal cácareo
Me tiene los oidos penetrados.
  Los raposos le afirman con tristeza:
(No sin lamerse labios y narices)
Tienes debilitada la cabeza,
Ni una pluma se ve de cuanto dices.
  Y bien lo puedes creer, que si se viese...
¡O glotones! callad: ya os entiendo,
El enfermo esclamó: ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!
  ¿No sentis que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran esperiencia.
  Espuestos á las trampas y á los perros,
Matais y perseguis á todo trapo
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del gazapo.
  Moderad, hijos mios, las pasiones:
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganareis opinion mui estimada.
  Aunque nos convirtamos en corderos
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del raposo.
  Jamas se cobra la opinion perdida:
Esto es lo uno: á mas, ¿usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas ha... ya usted me entiende.
  Sin embargo, hermanito, crea, crea....
(El enfermo le dijo) ¡Mas qué siento!.....
¿No ois que una gallina cacarea!....
Esto sí que no es cuento.

A Dios, sermon: escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? pues tened presente
Que no me haria daño algun pollito.

FABULA II.

LAS EXEQUIAS DE LA LEONA.

En su régia caverna inconsolable
El Rei leon yacía,
Porque en el mismo dia
Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
A palacio la corte toda llega,
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste Rei el doloroso llanto.
Alli los cortesanos entretanto
Tambien gemian, porque el Rei lloraba;
Que si el viudo Monarca se riera,
La corte lisonjera
Trocára en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta, voi al caso.
Entre tanto sollozo
El ciervo no lloraba (yo lo creo),
Porque lleno de gozo
Miraba ya cumplido su deseo.
La tal Reina le habia devorado
Un hijo y la muger al desdichado.
El ciervo, en fin, no llora:
El concurso lo advierte:
El Monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.

¿Cómo podré llorar, el ciervo dijo,
Si apenas puedo hablar de regocijo?
Ya disfruta, gran Rei, mas venturosa
Los elíseos campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado á la venida,
Mui cerca de la gruta aparecida:
Me mandó lo callase algun momento,
Porque gusta mostreis el sentimiento.
Dijo asi: y el concurso cortesano
Aclamó por milagro la patraña.
El ciervo consiguió que el Soberano
Cambiase en amistad su fiera saña.
Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores,
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que á mas príncipes vicia
La adulacion servil, que la malicia.

FABULA III.

EL POETA Y LA ROSA.

Una fresca mañana
En el florido campo
Un poeta buscaba
Las delicias de Mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huesped solitario.

Una rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca;
La toma, y dice ufano:
Quiero, rosa, que vayas
No mas que por un rato
A que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
Mas no, no, pobrecita,
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas,
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas
Pueden ser alabados;
Mas junto á Clori bella
Es locura pensarlo.
Marchita, cabizbaja
Te irias deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.
La rosa, que hasta entonces
No despegó sus labios,
Le dijo resentida:
Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Por labrar su corona
No es justo que tus manos

Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.

FABULA IV.

EL BUHO Y EL HOMBRE.

Vivia en un granero retirado
Un revérendo buho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte:
Al gran turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El hombre le miraba, se reía:
¡Qué carita de pascua! le decia.
¿Puede haber mas ridículo visage?
Vaya, que eres un raro personage.
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la pájara gente,
Seguir desde la aurora
A la turba canora
De gilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?
Piensas á lo vulgar: eres un necio,
Dijo el solemne buho con desprecio:
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduria en mi semblante:
Mi aspecto, mi silencio, mi rètiro
Aun yo mismo lo admiro.

Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean: desde luego
Mi mérito conocen, no lo niego.
¡Ah, tonto, presumido!
(El hombre dijo asi) ten entendido
Que las aves, mui lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,
Como yo á aquellos hombres que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con estravagancias diferentes
Han llegado á doctores en la ciencia
De ser sábios no mas que en la apariencia.
De esta suerte de locos
Hai hombres como buhos, y no pocos.

FABULA V.

LA MONA.

Subió una mona á un nogal;
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde;
Con que la supo mui mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.
Asi suele suceder
'A quien su empresa abandona,
Porque halla como la mona
Al principio que vencer.

FABULA VI.

ESOPO Y UN ATENIENSE.

Cercado de muchachos,
Y jugando á las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Mas que todos alegre.
¡Ah pobre! ya chochea,
Le dijo un ateniense.
En respuesta el anciano
Coje un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
Ea, si es que lo entiendes,
Dime, ¿qué significa
El arco de esta suerte?
Lo examina el de Atenas,
Piensa, cavila, vuelve,
Y se fatiga en vano,
Pues que no lo comprende.
El frigio victorioso
Le dijo: amigo, advierte,
Que romperás el arco
Si está tirante siempre:
Si flojo, ha de servirte
Cuando tú lo quisieres.
Si al ánimo estudioso
Algun recreo dieren,
Volverá á sus tareas
Mucho mas útilmente.

FABULA VII.

DEMETRIO Y MENANDRO.

Si te falta el buen nombre
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por grande hombre,
Sin mas que por tus galas y perfumes.
Demetrio el Phaleriano se apodera
De Atenas ; y aunque fue con tirania,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman á porfia.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos.
Aun á los que en el ocio se embelesan,
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento:
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio. Con perfumes olorosos,
Y pasos afectados entra: al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Archônte prorumpió enojado:
¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?
Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor. Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata espresion le da la mano.

FABULA VIII.

LAS HORMIGAS.

Lo que hoi las hormigas son
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo estraño
Hacian su provision.
Jupiter, que tal pasion
Notó de siglos atras,
No pudiendo aguantar mas,
En hormigas los transforma.
Ellos mudaron de forma:
¿Y de costumbres? jamás.

FABULA IX.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once, y aun mas de la mañana
La cocinera Juana
Con pretesto de hablar á la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
Al punto (pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos)
Se avanzan á probar de los cocidos.
Fú, dijo, dijo *Zapiron*, maldita olla,
¡Cómo abrasa! Veamos esa polla
Que está en el asador lejos del fuego.
Ya tambien escaldado, desde luego
Se arrima *Micifuf*, y en un instante

Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones á Villena.
Concluido el asunto,
El senor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum, si se podia ó no en conciencia
Comer el asador. ¡O qué demencia,
(Esclamó *Zapiron* en altos gritos)
Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que si bien la cosa se examina,
Entre la bateria de cocina
No hai un mueble mas serio y respetable?
Tu pasion te ha enganado miserable.
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos gatos
De suerte timoratos
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores á millones,
(No hablo yo de las pollas) ó me engaño,
O no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y Zapiron
Se comieron un capon
En un asador metido.
Despues de haberse lamido
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.

¿Le comieron? No señor:
Era caso de conciencia.

FABULA X.

EL AGUILA Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES.

Todos los animales cada instante
Se quejaban á Jupiter Tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El Dios (y con razon) amostazado,
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez á las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De Recetor envia desde el cielo
Al águila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los animales,
Y espusieron en suma cosas tales.
Pidió el leon la astucia del raposo,
Este de aquel lo fuerte y valeroso,
Envidia la paloma al gallo fiero,
El gallo á la paloma en lo ligero,
Quiere el sabueso patas mas felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;
Y en fin (cosa inaudita)
Los peces de las ondas ya cansados,
Quieren poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Despues de oirlo todo,

El águila concluye de este modo:
¿Ves, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningun destino?
¿Pues para qué envidiar el del vecino?
Con solo este discurso
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.
De modo que es sabido
Que ya solo se matan los humanos,
En envidiar la suerte á sus hermanos.

FABULA XI.

LA PALOMA.

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió:
Del golpe al suelo cayó,
Y alli muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Asi vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

FABULA XII.

EL CHIVO AFEITADO.

Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal mas presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavon, ni el gallo,
Ni el leon, ni el caballo,
Y asi no me fatigues con demandas. =
¿Será tal vez.... el mono? = Cerca le andas. =
¿El mico? = Que te quemas;
Pero no acertarás: no, no lo temas.
Déjalo, no te canses el caletre.
Yo te diré cual es: el *petimetre*.
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No pára en los adornos su locura:
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones.
De perfumes va siempre prevenido:
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto mas se distingue, mas desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un chivo, como muchos en el mundo,
Vano estremadamente,

Se miraba al espejo de una fuente:
¡Qué lástima, decia,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun vigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoi señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoi en tierra de barberos.
La historia fue en Tetuan, y todo el dia
La barberil guitarra se sentia:
El chivo fue guiado de su tono
A la tienda de un mono
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña;
Al ver una figura tan estraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian, de manera
Que no hai mas que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO III.

FABULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMONIDES.

A ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras,
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amores;
Elisa, retirada te contemplo
De la Diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres menos donosa,
Ni menos agraciada
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa;
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡O sábia, qué bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que solo dura
Como rosa que el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable con presteza,

O los males tal vez inopinados,
Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados
Serán aquellos dias que se fueron,
Y á juegos vanos tus amigas dieron:
Pero á tu bien estable
No hai tiempo ni accidente que consuma,
Siempre serás feliz, siempre estimable.
Eres sábia, y en suma
Este bien de la ciencia no perece:
Oye como esta fábula lo esplica,
Que mi respeto á tu virtud dedica.

Simónides en Asia se enriquece
Cantando á justo preciò los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sábio poeta, con deseo
De volver á su amada patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embrabecida
Fue la mísera nave sumergida.
De la gente á las ondas arrojada
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe,
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan á tierra afortunados
Con las náufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados perecieron.
A Clecémone van: alli vivia
Un varon literato, que leía
Las obras de Simónides, de suerte
Que al conversar los náufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce, le presta todo asilo

De vestidos, criados y dineros;
Pero á sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

FABULA II.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto dia
Un pensador filósofo, decia:
El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se presumen ellos otra cosa.
Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo en la playa envanecido
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Solo satisfacerle su deseo;

Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hai (prosigue el filósofo profundo)
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos, y las fieras
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua, y en el viento;
Y digo finalmente, todo es mio.
¡O grandeza del hombre y poderío!
Una pulga que oyó con gran cachaza
Al filósofo maza,
Dijo: cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada menos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: todo es mio.
¡O grandeza de pulga y poderío!
Asi dijo; y saltando se le ausenta.
De este modo se afrenta

Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.

FABULA III.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco antes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De cazador armado
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la yerba:
Otro, cual jardinero,
Las florecillas riega:
El tomillo y romero
Este y aquel cercenan.
Entretanto al mas gordo
Fabio su tiro asesta:
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que á muchos pareciera
Que (salvo el muerto) á todos
Se los tragó la tierra.

¿Despues de tal espanto
Habrá alguna que crea
Que de alli á poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa estraña parece;
Mas no se admiren de ella:
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FABULA IV.

EL FILÓSOFO Y EL FAISAN.

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso,
Que en un bosque frondoso
Las aves forman saludando al dia,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia:
Interrumpese el canto:
Las aves vuelan á mayor distancia:
Todos los animales asustados
Huyen delante de él precipitados;
Y el filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con cauto paso ocultamente,
Descubre sobre un árbol eminente
A un faisan rodeado de su cria,
Que con amor materno la decia:

Hijos mios, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y alcones,
Hoi hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana;
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa en suma
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien incomparable
De ayudar á las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadaver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores,
Y que toda perversa criatura,
Huireis con horror de su figura.
Asi charló; y el hombre se presenta,
Ese es, grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡O cómo habló el faisan! ¡*Mas qué dijera*
(El filósofo esclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FABULA V.

EL ZAPATERO MÉDICO.

Un inhábil y hambriento zapatero
En la corte por médico corria:
Con un contraveneno que fingia
Ganó fama y dinero.
Estaba el Rei postrado en una cama
De una grave dolencia:
Para hacer esperiencia
Del talento del médico, le llama.
El antídoto pide, y en un vaso
Finge el Rei que le mezcla con veneno;
Se lo manda beber: el tal Galeno
Teme morir: confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia
Logró hacerse doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el Rei al pueblo: ¡qué demencia
Es la vuestra, esclamó, que habeis fiado
La salud francamente
De un hombre, á quien la gente
Ni aun queria fiarle su calzado!
Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatan su renta.

FABULA VI.

EL MURCIÉGALO Y LA COMADREJA.

Cayó sin saber cómo
Un murciégalo á tierra,
Al instante le atrapa
La lista comadreja.
Clamaba el desdichado
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: muere,
Que por naturaleza
Soi mortal enemiga
De todo cuanto vuela.
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es raton, cual todos
Los de su descendencia.
Con esto (¡qué fortuna!)
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
No sé de qué manera,
Segunda vez le pilla:
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde
Que Jupiter la ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra.—
¿Soi yo raton acaso?
Yo creo que estas ciega.
¿Quieres ver como vuelo?
En efecto, le deja,

Y á merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.
Aqui aprendió de Esopo
La gente marinera
Murciégalos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses comadrejas,
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.

FABULA VII.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguage?-
No se habla de ese modo á un personage.-
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un caracol: vaya de chiste.
En un bello jardin cierta mañana
Se puso mui ufana
Sobre la blanca rosa
Una recien nacida mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcia:
Ella á su luz las alas estendia,
Solo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves, y pintadas flores.

Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza
Vió mui cerca de sí sobre una rama
A un pardo caracol. La bella dama
Irritada esclamó: ¿cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardin cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del yelo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil caracol de baja esfera?
O mátale al instante, ó vaya fuera.
Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
(Respondió el caracol) en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias
Que gustosa solias
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente,
Que eres por línea recta descendiente
De las orugas, pobres hilanderos,
Que mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo, en que el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si este fue tu origen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa

A despreciar á un caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ageno.

FABULA VIII.

LOS DOS TITIRITEROS.

Todo el pueblo admirado
Estaba en una plaza amontonado,
Y enmedio se empinaba un titirero
Enseñando una bolsa sin dinero.
Pase de mano en mano, les decia,
Señores, no hai engano, está vacia.
Se la vuelven, la sopla; y al momento
Derrama pesos duros ¡qué portento!
Levántase un murmullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro titiritero á competencia.
Queda en espectacion la concurrencia
Con silencio profundo,
Cesó el primero, y empezó el segundo.
Presenta de licor unas botellas:
Algunos se arrojaron ácia ellas,
Y al punto las hallaron transformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones:
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Les echaron la garra mui ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.

Sople usted: sopla el hombre apresurado,
Y le cierra los labios un candado.
A un abate arrimado á su cortejo
Le presenta un espejo,
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vió con las orejas de pollino.
A un santero le manda
Que se acerque: le pilla la demanda,
Y hallá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.
A un jóven desenvuelto y rozagante
Le regala un diamante:
Este le dió á su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto:
Item mas, sin narices y sin dientes.
Alli fue la rechifla de las gentes,
La burla, y la chacota.
El primer titerero se alborota:
Dice por el segundo con denuedo:
Ese hombre tiene un diablo en cada dedo.
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina.
Que declare su nombre
El concurso lo pide, y el buen hombre
Entonces mas modesto que un novicio,
Dijo: no soi el diablo, sino el vicio.

FABULA IX.

EL RAPOSO Y EL PERRO.

De un modo mui afable y amistoso
El mastin de un pastor con un raposo

Se solia juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierto dia
El zorro á su compadre le decia:
Estoi mui irritado:
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circumcirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera... En esto el zorro calla,
Y erizado se agacha. Soi perdido,
(Dice) los cazadores he oido.
¿Qué me sucede? Nada,
No temas (le responde el camarada),
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar aldas en cinta á mis vecinas
Coronadas con cestas de gallinas.
No estoi (dijo el raposo) para fiestas:
Vete con tus gallinas, y tus cestas,
Y satiriza á otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladron? En mi conciencia
Que hablé (dijo el mastin) con inocencia.
¿Yo pensar que has robado gallinero,
Cuando siempre te ví como un cordero?
¡Cordero! (esclama el zorro) no hai aguante.
Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada.
¡Ola! (concluye el perro) camarada,
El ladron es vmd. segun se esplica.
El estuche molar al punto aplica
Al mísero raposo,
Para que asi escarmiente el cosquilloso,

Que de las fabulillas se resiente.
Si no estas inocente,
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estas ¿de qué te quejas?

LIBRO IV.

FABULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico escelente,
Cura á todo doliente,
Pero *gratis*, no se hable de dinero.
El otro petrimetre caballero
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis por aficion á cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño:
La prudente cautela no hace daño.
Dejando los desvanes y rincones
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,

Se salió de la villa á la campaña,
En parage sombrio
A la orilla de un rio
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes; pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonia.
  Cansado de esperar prorumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *bravo*, *bravo*.
La turba calla: cada cual procura
Alejarse ó meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos,
y al fin logró que le escuchasen todos.
  No soi gato montés ó campesino;
Soi honrado vecino
De la cercana villa:
Fui gato de un maestro de capilla:
La música aprendí; y aun si me empeño,
Vereis como os la enseño,
Pero *gratis*, y en menos de una hora,
¡Qué cosa tan sonora
Será el oir un coro de cantores,
Verbigracia, calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces con mas gracia,

Y mas diestro que el músico de Tracia,
Echando su compas ácia el mas gordo,
Consigue *gratis* merendarse un tordo.

FABULA II.

LA DANZA PASTORIL.

A la sombra que ofrece
Un gran peñon tajado,
Por cuyo pie corria
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estio
Un delicioso prado.
Los árboles silvestres
Aqui y alli plantados,
El suelo siempre verde
De mil flores sembrado,
Mas agradable hacian
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta recostado
Debajo de una encina,
Con el albogue, Bato.
Al son de sus tonadas
Los pastores cercanos,
Sin olvidar algunos
La guarda del ganado,
Descendian ligeros
Desde la sierra al llano.
Las honestas zagalas
Segun iban llegando,
Bailaban lindamente

Asidas de las manos
En torno de la encina
Donde tocaba Bato.
De las espesas ramas
Se veía colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidia
Un mayoral anciano;
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volviesen
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guirnalda
Que pendia del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala,
Que con sencillo agrado
Supo ganar á todas
En modestia y recato.
Si la virtud premiaran
Algunos cortesanos,
Yo sé que no huiría
Desde la corte al campo.

FABULA III.

LOS DOS PERROS.

Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender irreprensible.
Sultan, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna escelente de carnero.
Pinto (gran tragador) su compañero
Le encuentra con la presa encarnizado,
Ojo al traves, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo:
¿Qué cosa estas haciendo,
Desgraciado *Sultan?* (pinto le dice)
¿No sabes infelice,
Que un perro infiel ingrato
No merece ser perro, sino gato?
¡Al amo que nos fia
La custodia de casa noche y dia,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta,
Que le robas goloso
La pierna del carnero mas jugoso!
Como amigo te ruego
No la maltrates mas: déjala luego.
Hablas, dijo *sultan*, perfectamente.
Una duda me queda solamente
Para seguir al punto tu consejo:
Di: ¿te la comerás si yo la dejo?

FABULA IV.

LA MODA.

Despues de haber corrido
Cierto danzante mono
Por cantones y plazas
De ciudad en ciudad el mundo todo,
Logró (dice la historia,
Aunque no cuenta el cómo)
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viagero
Reciben con mas gozo
Que á Pedro el Czar los rusos,
Que los griegos á Ulises generosos.
De leyes, de costumbres
Ni él habló, ni algun otro
Le preguntó palabra;
Pero de trages y de modas todos.
En cierta geringonza,
Con estrangero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo mas *remarcable á los curiosos.*
Empecemos (decia)
Aunque sea por poco.
Hiciéronse zapatos
Con cáscaras de nueces por lo pronto.
Toda la raza mona
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento

Trepa para los monos:
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de mui fácil modo
Aqui y alli mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan desde entonces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda
De paises cercanos ó remotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse
En junta de políticos á fondo.
Con tan justo decreto,
Y el suceso horroroso
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarian de ser monos.

FABULA V.

EL LOBO Y EL MASTIN.

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponian
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
Un mastin con el lobo de repente:
Y cada cual se para,

Tal como en Zama estaban frente á frente
Antes de la batalla mui serenos
Anibal y Scipion: ni mas ni menos.
En esta suspension treguas propone
El lobo á su enemigo,
El mastin no se opone;
Antes le dice: amigo,
Es cosa bien estraña por mi vida
Meterse un señor lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al javalí, que venza al oso.
¿Mas qué diran al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?
El lobo le responde: camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.
Se despiden y toman el portante.
Informados del hecho
Los pastores se apuran y patean:
Agarran al mastin y le apalean.
Digo que fue bien hecho;
Pues en vez de ensalada en aquel año
Se fue comiendo el lobo su rebaño.
¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo?

FABULA VI.

LA HERMOSA Y EL ESPEJO.

Anarda la bella
Tenia un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos:
Colores de moda
Mas ó menos vivos,
Plumas, sombreretes;
Lunares y rizos
Jamas en su adorno
Fueron admitidos,
Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenia mas brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al espejo:
Este era su amigo;
Y como se jacta
De fiel y sencillo,
Lisa y llanamente
La verdad la dijo.
Anarda furiosa
Casi sin sentido
Le vuelve la espalda

Dando mil quejidos.
Desde aquel instante
Cuentan que no quiso
Volver á consultas
Con el señor mio.
Escúchame, Anarda:
Si buscas amigos,
Que te representen
Tus gracias y hechizos;
Mas que no te adviertan
Defectos y aun vicios
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo:
Dime: ¿de qué modo
Podrás corregirlos?

FABULA VII.

EL VIEJO Y EL CHALAN.

Fabio está, no lo niego, mui notado
De una cierta pasion que le domina;
¿Mas qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo mui honrado,
Generoso, cortes, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuanto pide el empleo que pretende.
Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?..
Trataba un viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones;
Le decia el chalan estas razones:
Con un collar de hierro
Que tenga el animal, échenle gente:

Es hermoso, pujante,
Leal, brävo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...
¿Goloso? (dice el rico) No le quiero.
No es para marmiton, ni despensero,
Continúa èl chalan mui presuroso,
Sino para valiente centinela.
Menos, concluye el viejo:
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entretanto la cazuela.

FABULA VIII.

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apenas divisarla se podia.
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia;
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,

Y se lo puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella:
A todos enamora,
Tanto que en la gatesca compañia,
Cual dice su atrevido pensamiento;
Cual se encrespa celoso;
Rinen este y aquel con ardimiento,
Pues con ansia queria
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase *Garraf*, gato prudente:
Y á los enfurecidos
Les grita: noble gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provision en los desvanes,
Mientras ella cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran mas que la apariencia!

FABULA IX.

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO.

Una noche de mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo:
Cuando todo viviente
Disfrutaba del dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Despues de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo,
Cuando sin saber cómo
Un cazador mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero,
Jamas Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo:
No ostante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudian su muerte: yo lo creo.
Si con sus serenatas

El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme
Miéntras que yo dormia en blando lecho,
En lugar de los *bravos*,
Diria: caballero,
!Qué no viniese ahora
Para tal ruiseñor algun mochuelo!
Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FABULA X.

EL AMO Y EL PERRO.

Callen todos los perros de este mundo
Donde está mi *palomo*:
Es fiel, decia el amo, sin segundo,
Y me guarda la casa... ¿Pero cómo?
Con la despensa abierta
Le dejé cierto dia;
En medio de la puerta
De guardia se plantó con bizarría.
Un formidable gato,
En vez de perseguir á los ratones,
Se venia guiado del olfato
A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente:
El gatazo se encrespa y acalora:
Riñen sangrientamente,
Y mi *guarda-jamones* le devora.
Esto contaba el amo á sus amigos,

Y despues á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
  Tenia al buen *palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices:
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
  Dentro de este retiro á penitencia
El triste fue metido
Despues de algunos dias de abstinencia.
Al fin, ya su señor compadecido
  Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas agachado:
Al amo se acercaba el pobre perro,
Lamiéndose el hocico ensangrentado.
  El dueño se alborota y enfurece
Con tan fatales nuevas.
Yo le preguntaria : ¿ y qué merece
Quien la virtud espone á tales pruebas?

FABULA XI.

LOS DOS CAZADORES.

  Que en una marcial funcion,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razon.
  Pero el que por diversion
Esponer su vida quiera
A juguete de una fiera,
O peligros no menores,
Sepa de dos cazadores

Una historia verdadera.
  Pedro Ponce el valeroso,
Y Juan Carranza el prudente,
Vieron venir frente á frente
Al lobo mas horroroso.
El prudente, temeroso
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce alli murió.
Imitemos á Carranza.

FABULA XII.

EL GATO Y EL CAZADOR.

  Cierto gato en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino,
(Que no seria gato de convento)
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una cobacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el noble ermitaño
Probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil escesos;
Mas al fin por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un cazador lo advierte: le persigue:
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue

Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el cazador al prisionero:
Quiere darle la muerte:
El animal le dice: Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,
Metido en la prision y sin delito. =
¿Sin delito me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes? =
Señor, eran conejos y perdices;
Y yo no hacia mas á fe de gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato. =
Ea, pícaro, muere,
Que tu mala razon no satisface.
Con que sea la cosa que se fuere
¿La podrá usted hacer si otro la hace?

FABULA XIII.

EL PASTOR.

Salicio usaba tañer
La zampona todo el año,
Y por oirle el rebaño
Se olvidaba de pacer.
Mejor seria romper
La zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad
En vez de virtud, es vicio.

FABULA XIV.

EL TORDO FLAUTISTA.

Era un gusto el oir, era un encanto
A un tordo gran flautista, pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasion me ciega,
O á Mison le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando á la aurora,
Y la turba confusa charladora
La canta sin compas, y con destreza
Todo cuanto la viene á la cabeza,
El flautista empezó: cesó el concierto.
Los pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.
Al escuchar las aves tales cosas,
Quedaron admiradas y envidiosas.
Los gilgueros preciados de cantores,
Los vanos ruiseñores,
Unos y otros corridos,
Callan entre las hojas escondidos.
Ufano el tordo grita: camaradas,
Ni saben, ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos.
Sino los retirados estudiosos.
Sabed, que con un hábil zapatero
Estudié un año entero:
El dale que le das á sus zapatos,
Y alternando, silvábamos á ratos.

En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver á las aves de mi parte
Lo que gana el ingenio con el arte.

FABULA XV.

EL RAPOSO Y EL LOBO.

Un triste raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un lobo le dijo:
Ola, buen hermano,
Diga ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
¡Ai de mí! (responde)
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Despues de algun tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.
El lobo le dice:
Creible es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo,
Y desorejado

Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soi de estas montañas
El lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.
!Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase;
¡ Pero á los humanos!

FABULA XVI.

EL CIUDADANO PASTOR.

Cierto jóven leía
En versos escelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenia la cabeza
Llena de prados , fuentes,
Pastores y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin , cierta manana
Prorumpe de esta suerte:
¡Yo he de estar prisionero
Cercado de paredes,
Esclavo de los hombres,
Y sujeto á las leyes,

Pudiendo entre pastores
Grata y sencillamente
Disfrutar desde ahora
La libertad campestre!
De la ciudad al bosque
Me marcho para siempre:
Allí naturaleza
Me brinda con sus bienes,
Los árboles y rios
Con frutas y con peces,
Los ganados y abejas
Con la miel y la leche:
Hasta las duras rocas
Habitacion me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,
¿Cuántas y cuántas veces,
Al son de dulces flautas,
Y sonoros rabeles,
Oiré los pastores,
Que discretos contienden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya diviso
Entre el ramage verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pie de un olmo,
Una guirnalda teje.
¿Si será para Mopso?...
Tanto el jóven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,

Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un rabadan encuentra,
Y le pregunta alegre:
Dime , ¿es de Melibeo
Ese ganado?—Miente,
Que es mio ; y sobre todo,
Sea de quien se fuere.
No respondió el buen hombre
Mui poéticamente.
El jóven temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar mas palabra
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la pastora viese.
¡O Nise fementida!
(Esclama) cuántas veces
Siendo niña querias
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!
Diciendo asi, se acerca.
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo,
Dice : ¿qué me sucede?
¿Son estos los pastores
Discretos inocentes,

Que pintan los poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero esponerme.
Rendido, caviloso
A la ciudad se vuelve.
Yo siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mi fe que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,
Los yelos y las nieves
Le hubieran persuadido
Mucho mas vivamente,
Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en la esperiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FABULA XVII.

EL LADRON.

Por catar una colmena
Cierto goloso ladron,
Del venenoso aguijon
Tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está mui buena:
Es un bocado esquisito:
Por el aguijon maldito

No volveré al colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!

FABULA XVIII.

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo filósofo profundo,
Salió por fin á visitar al mundo.
Concurrió cierto dia
Entre civil y alegre compañia
A una mesa abundante y primorosa.
¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!.... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!
El jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de esquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha esclamado será cierto;
Mas en fin (le decian) ya está muerto.
Pruébelo por su vida.... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,

Y segun yo contemplo,
Yo no sé qué olorcillo,
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al jóven persuadieron de manera,
Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!
Asi clamaba, pero friamente.
Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,
Con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el jóven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

FABULA XIX.

EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO Y LOS DEMAS ANIMALES.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la mas pelada y alta roca

Un asno trompetero los convoca.
El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto,
(Pues á todos por Jupiter previno
Con cédula *ante diem* el pollino)
Imponiendo silencio el elefante,
Así dijo: señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soi en lo fuerte sin segundo:
Los árboles arranco con la mano (*):
Venzo al leon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido:
En la paz y en la guerra soi tenido
Por un bruto invencible,
No solo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo coleto, y grave masa,
Que hace temblar la tierra donde pasa.
Mas, señores, con todo lo que cuento,
Solo de vegetales me alimento;
Y como á nadie daño, soi querido,
Mucho mas respetado que temido.
Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
Las que haceis profesion de carniceras,
Y no hagais por comer atroces muertes,
Puesto que no sereis ni menos fuertes,
Ni menos respetadas,
Sino mui estimadas
De grandes y pequeños animales,
Viviendo como yo de vegetales.
Gran pensamiento (dicen), gran discurso;

(*) Buffon en la *Historia Natural*, artículo del *Elefante*, llama asi á la trompa de este animal.

Y nadie se le opone del concurso.
  Habló despues un toro de jarama:
Escarba el polvo, cabecea, brama.
Vengan (dice) los lobos y los osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con que donaire
Les haré que volteen por el aire.
¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
¿Pues por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yervas que alimentan
En los bosques y prados
A los mas generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no de la trompa al elefante.
La asamblea aprobó cuanto decia
El toro con razon y valentía.
  Seguíase á los dos en el asiento
Por falta de buen órden el jumento,
Y con rubor espuso sus razones.
Los milanos (prorumpe) y los alcones,
(No ofendo á los presentes, ni quisiera)
Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del borrico,
Ellos querrán ahora como bobos
Comer la yerba á los señores lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De los chochaperdices ó chorlitos,
Que sin hacer á los jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra:
Y viva todo el mundo santamente,

Sin picar ni morder en lo viviente.
Necedad, disparate, impertinencia,
(Gritaba aqui y alli la concurrencia).
Haya silencio (claman), haya modo.
Alborótase todo:
Crece la confusion, la grita crece:
Por mas que el elefante se enfurece,
Se deshizo en desórden la asamblea.
A Dios, gran pensamiento: á Dios idea.
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con mas acierto
El elefante y toro? No por cierto.
¿Pues por qué solamente al buen pollino
Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo elefante, no te asombres:
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupacion tan peligrosa!

TABLA DE LAS FABULAS

QUE CONTIENEN ESTOS DOS TOMOS.

TOMO PRIMERO.

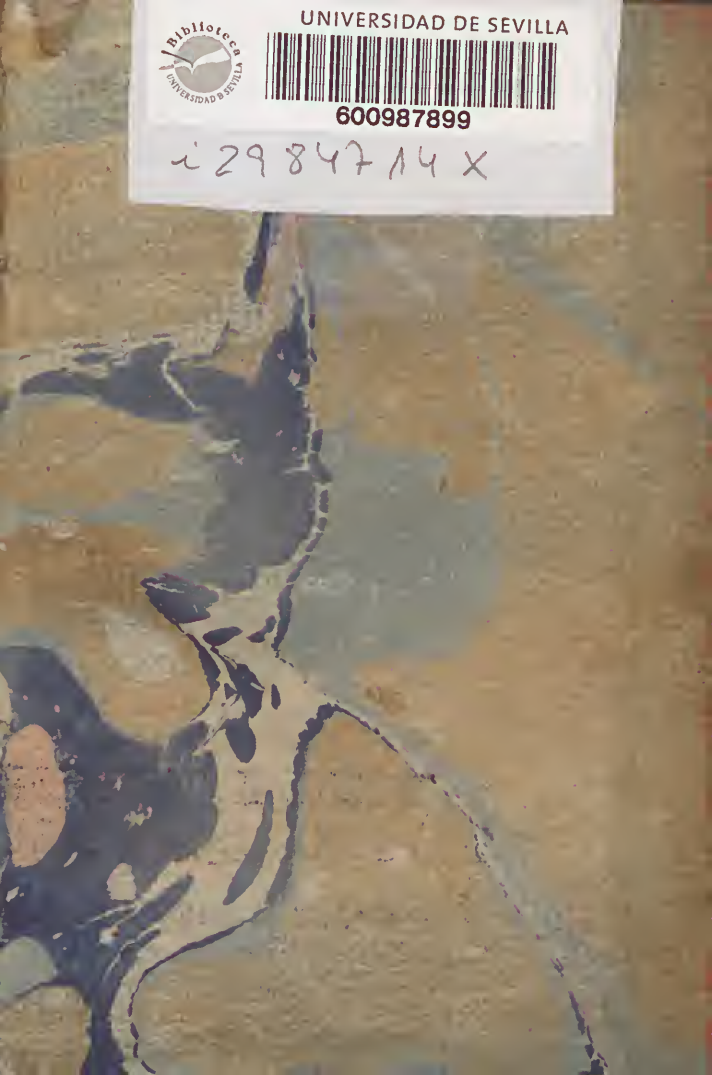
LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.






250
ABUL
D E
AMAN
11